

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**CRUELDADES Y BONDADES DE LOS
SOLDADOS DE STALIN Y DE HITLER**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

La invasión.
Celebraciones de Navidad en Rusia.
El desastre.
El capellán Bernhard Häring.
En Jarkov. El tifus.
El sacerdote y sanitario.
La retirada.
En Nagolnoje
Con sacerdotes ortodoxos.
Enfermos de sífilis.
Herido y hospitalizado.
En Mal Psinka.
Huyendo de los rusos.

REFLEXIÓN

INTRODUCCIÓN

En este libro vamos exponer brevemente algunas manifestaciones de crueldad y a la vez de bondad tanto entre los alemanes como entre los rusos. La crueldad en el conflicto soviético-alemán fue la norma. Como ejemplo, podemos decir las matanzas perpetradas por la división Leibstandarte de las SS en octubre de 1941 en las que fusilaron sobre la marcha a más de 4.000 prisioneros soviéticos que habían caído en sus manos. Era la respuesta al descuartizamiento de sus camaradas SS por los rusos con hachas, estando aún con vida. Los rusos habían desarrollado la costumbre de mutilar a los enemigos, lo que enfurecía a los alemanes ya de por sí predispuestos a dispensar un trato inhumano a los rusos. En ocasiones, los rusos cortaban las cabezas de los prisioneros alemanes y las disponían dibujando las siglas SS o la esvástica. También asaltaban los hospitales en los que masacraban a los enfermos que yacían en las camas. El fusilamiento masivo por parte de los alemanes de los habitantes de las localidades en las que sospechaban que se había dado cobijo a partisanos era habitual. Luego quemaban las casas.

Tanto los alemanes como los rusos tenían en mente el exterminio de los contrarios. El odio fue uno de los rasgos de la propaganda antialemana, de modo que, incluso entre los aliados, el odio a los alemanes fue causa de mucho sufrimiento para los alemanes, especialmente después de la guerra.

Sobre las crueldades de los nazis sobre los judíos en los distintos países conquistados no vamos a dar detalles, es suficiente decir que asesinaron a seis millones de judíos, sin contar gitanos, homosexuales, opositores políticos, sacerdotes y religiosas, etc.

Cuando comenzó la contraofensiva rusa y llegaron a territorio alemán, las primeras localidades conquistadas fueron calcinadas y sus habitantes torturados y asesinados de la forma más cruel. Las violaciones las realizaban incluso delante de los hijos pequeños y consistían en hileras de soldados rusos, no pocas veces completamente borrachos. En las granjas agrícolas de Alemania del Este asesinaban a los habitantes masculinos, quemándolos vivos, sin excluir a los niños que, en cualquier caso, no se libraban del tiro en la nuca o en la frente, lo que incluía bebés de pocos meses o semanas de vida. Cuando alguien desde las filas rusas se atrevía a protestar, era inmediatamente detenido como en el caso de Kópelev, escritor y agente político comunista. Tampoco los prisioneros aliados caídos en manos de los soviéticos, ni las poblaciones polacas liberadas, ni sus propios soldados huidos de los campos de concentración alemanes, ni las mujeres rusas que habían sido evacuadas a la fuerza por los alemanes desde sus localidades hasta el Reich como mano de obra se libraron de las matanzas, las

violaciones y los saqueos. La brutalidad de los rusos después de la guerra escapa a toda comprensión. Para los soldados alemanes la rendición significaba ser fusilado casi con absoluta seguridad o en el mejor de los casos la reclusión en Siberia tras una larga marcha, que solía desembocar en la muerte por el frío, inanición o cansancio ¹. Cuando el millón de soldados del ejército rojo llegó a Polonia, violaron a 100.000 mujeres, pero al llegar a Alemania se salieron de madre y trataron de vengarse, como les había aconsejado Stalin, por los sufrimientos que los alemanes les habían ocasionado. Cuando los rusos entraron en el campo de concentración de mujeres de

Ravensbrück, los guardias ya habían huido y quedaban en el campo unas 3.500 mujeres enfermas. Algunas doctoras y enfermeras permanecían para cuidarlas. Los rusos se quedaron sorprendidos y aterrorizados al ver aquellas mujeres flacas. Sin embargo, su furia sexual parecía no tener límites. Algunas horas después de tomar el campo, estaban borrachos y comenzaron a violar a las mujeres, incluso a las enfermas. Violaron a las embarazadas y a las que habían dado a luz pocos días antes. Todas eran presa de su lujuria. Las mujeres quedaron aterrorizadas de sus violadores rusos. También violaron a las prisioneras rusas comunistas, que habían sido sus compañeras de armas luchando en el ejército hasta que fueron apresadas en el avance alemán sobre Rusia. Stalin dio orden de que los prisioneros soviéticos, que regresaban de campos de concentración nazis, fueran acusados de haber colaborado con los fascistas. En algunos casos fueron fusilados, en otros enviados a Siberia.

En 1939 había en Rusia un millón y medio de alemanes, descendientes de los colonos invitados por Catalina II para poblar vastas superficies vacías del sur de Rusia. Por un decreto de agosto de 1941, Stalin determinó que fueran deportados a Kazajastán y Siberia. Fue una verdadera tragedia para estos alemanes.

Tanto los rusos como los aliados habían hecho propaganda de odio contra los alemanes, como si todos fueran iguales, crueles e inhumanos. Igualmente los nazis consideraban a los rusos y polacos como subhumanos y con su ideología de la superioridad de su raza creían que podían matarlos sin piedad como si estuvieran haciendo una cosa buena al eliminar razas inferiores. Los mismos aliados, acostumbrados a demonizar a los alemanes, habían deshumanizado a la población alemana, negándose a realizar distinciones de ningún tipo entre simples alemanes y nazis. En los últimos días del Tercer Reich abundaron los suicidios, sobre todo por el temor a los rusos. Los alemanes fueron encerrados en campos de concentración en Pöhlitz, donde morían más de 60 personas cada día. Cada noche los soviéticos visitaban el recinto y violaban a las mujeres a partir de los

¹ Paz Fernando, *Núremberg*, Ed. La esfera de los libros, Madrid, 2016, pp. 190-1914.

ocho años, incluyendo a las de la Cruz Roja, que trataban de proteger a las niñas más jóvenes. En Berlín, en 1946, las alemanas dieron a luz entre 150.000 y 200.000 niños fruto de las violaciones de soldados rusos. Esto solo en Berlín ². Los rusos entraron en Alemania, no como liberadores, sino como conquistadores, creyéndose con derecho a violar mujeres, saquear casas y hacer sufrir a los alemanes sin piedad. En total se calcula que los rusos violaron a dos millones de mujeres y, por supuesto, a algunas muchas veces. Estas violaciones continuaron hasta el invierno de 1947 y 1948, cuando las autoridades rusas separaron a sus militares de las zonas residenciales de los civiles.

Después de la guerra, miles de soldados alemanes fueron encerrados en campos de concentración en condiciones lamentables, incluso por los aliados. Se calcula que entre 1945 y 1946 murieron 500.000, debido a las condiciones extremas en que los mantuvieron ³. La población civil alemana estaba en una situación límite, el hambre se extendía por todo el país. Miles de niños huérfanos vagaban por las calles de las ciudades. El odio a los alemanes, que se había difundido en la propaganda durante la guerra, tenía sus efectos en la muerte de miles de ellos sin compasión alguna entre los aliados. En las regiones ocupadas por los norteamericanos, nacieron 94.000 niños. Se calcula que los aliados violaron un millón de alemanas.

Después de la guerra, había 12 millones de prisioneros alemanes en campos aliados. Los norteamericanos tenían a la mitad y los rusos la cuarta parte. A partir de la rendición alemana, Eisenhower dio órdenes de que la población civil no entregase ni un gramo de comida a los prisioneros. Algunos testimonios aseguran que los oficiales norteamericanos tenían órdenes de matar de hambre a los prisioneros y de hecho algunos soldados vivían en agujeros practicados en el suelo, privados de agua, incluso para beber, sin techo y expuestos a las inclemencias del tiempo; y solían alimentarse de hierbas donde las había ⁴.

Pensemos ahora en los gulags soviéticos o campos de concentración, donde la deshumanización comenzaba en el momento del arresto. Se les obligaba a trabajos forzados. A menos que fueran productivos, sus vidas no tenían valor para el Estado. En algunos trabajos, la muerte estaba garantizada, por ejemplo para los que talaban árboles en el bosque durante el invierno o trabajaban en las minas de oro como en Kolimá. A algunos se los confinaba en celdas de castigo hasta que morían de frío o inanición, sin acceso a atención médica en hospitales, sin calefacción o simplemente se les disparaba arbitrariamente, diciendo que habían intentado huir.

² Ib. p. 197.

³ Ibídem.

⁴ Ib. p. 200.

En una palabra, las brutalidades que cometieron los aliados y especialmente los rusos fueron muchas, aunque solo fueron enjuiciados los líderes alemanes en Núremberg.

LA INVASIÓN

El 22 de junio de 1941 comenzó la invasión de Rusia por el ejército de Hitler. Después de brillantes victorias y de haber tomado más de tres millones de soviéticos como prisioneros, en la retaguardia muchos se enteraron de historias terribles acerca del lamentable estado en que estaban los prisioneros del ejército rojo, hacinados como animales y aquejados en las cárceles de hambre. La mayor parte murió por el hambre y por efecto del frío extremo del invierno con temperaturas de hasta 35 grados bajo cero y sin tener la ropa adecuada y casi sin alimentos.

Según un testigo un sargento alemán azotó a una niña que no había hecho otra cosa que tender unos cuantos tomates a los prisioneros por entre los alambres de la valla del recinto. Muchos de los heridos rusos imploraban a los soldados que les pegaran un tiro para terminar así su sufrimiento. A cierto civil que llevaba un jarro de agua para calmar la sed de los que iban en un vagón de prisioneros rusos, lo abatieron de un disparo en la cara ⁵.

La mortalidad de los prisioneros soviéticos alcanzó extremos indecibles. Los mataban a millares. Solo durante la marcha de Gzhatsk a Smolensk murieron 400.000. Había muchos y recibían muy poco alimento ⁶.

Las escenas que contemplé allí, aseguró, fueron espeluznantes. A primera hora de la mañana sacaron a los integrantes del destacamento de trabajo y, antes de llevárselos, los azotaron con una lluvia de palos en la cabeza. Estos desdichados disponen, a mediodía y por la noche, de una cantidad minúscula de alimento, carne de caballo dispuesta a la intemperie en cubas de gran tamaño. Los prisioneros se acercan con recipientes improvisados, latas hechas, en ocasiones, batiendo sus propios cascos, y suplican que les aumenten la dosis, pues están hambrientos hasta la desesperación. Y eso que la carne no parece muy comestible. Por la noche, duermen sobre listones de madera, en un edificio lateral totalmente expuesto al frío, que a estas alturas ya es riguroso.

⁵ Michael Jones, *La retirada*, Ed. Memoria crítica, Barcelona, 2022, p-106.

⁶ *Ib.* p. 210.

Los más están enfermos, y muchos sufren dolores crónicos de estómago. Los hay que tratan de remendarse las botas enrollando alambre a su alrededor, mientras que otros ven de fabricarse guantes con jirones y trozos de cuerda, todos tienen piojos, ya que no tienen nada con que lavarse ni mudas limpias que ponerse. Me he cruzado con un oficial de intendencia, y tras describirle la situación de los prisioneros me he enterado que hay prendas de vestir, las tienen almacenadas y no tienen intención de distribuirlas.

En una fábrica derruida hay una sala con una pila alargada y un grifo que gotea por la que campan por sus respetos las ratas y que constituye la única fuente de agua potable con la que cuentan los prisioneros.

Semejantes condiciones, proseguía, son una verdadera vergüenza. Aquí no hay un ápice de compasión. A continuación, visitó por una vez el hospital de campaña, del que dijo: “Está situado en una choza ruinosa de grandes dimensiones en la que tienen a los heridos tendidos directamente sobre el suelo. A uno de ellos le están amputando un pie. Un anciano me implora que le permita regresar a su lugar para que puedan cuidarlo como es menester”. Y concluye: “Este día me ha conmovido en lo más hondo”. Poco después escribió a su esposa diciendo: “Sólo lloro en contadas ocasiones, y las lágrimas no son ningún consuelo cuando se encuentra uno en medio de escenas así. Los sentimientos de culpa y vergüenza son demasiado hondos”⁷.

Noche a noche, Nikolái Obrinba y el resto de los prisioneros, que caminaban en dirección a poniente, hacían parada en recintos alambrados contruidos a tal propósito. A lo largo de la ruta quedaban abandonados miles de soviéticos, agonizantes por causa del frío y el hambre o rematados, en muchos casos, con fuego de ametralladora. Obrinba no olvidaría nunca el macabro ritual matutino que se celebraba a diario cuando volvía a ponerse en marcha la formación: “Antes de cada jornada, se apostaban a uno y otro lado de nuestra columna con guardias armados con palos, y a la orden de: “¡A correr todo el mundo!””, echábamos a trotar mientras nos llovían garrotazos asestados con saña. Luego, cuando habíamos recorrido unos cuantos centenares de metros, hacían que nos detuviésemos y nos dejaban aguardando ante aquel frío penetrante, mientras los guardias abatían a tiros a los que se encontraban demasiado débiles para soportar semejante prueba. Entonces, el convoy volvía a emprender el camino”⁸.

El ayudante principal de Hitler, Schmundt anotó: El maltrato que hemos dispensado a los prisioneros rusos está teniendo consecuencias terribles.

⁷ Ib. pp. 110-111.

⁸ Ib. p. 137.

Durante la retirada de Moscú nos hemos visto obligados a abandonar varios de nuestros hospitales de campaña, y los soviéticos no han dudado en sacar a rastras a enfermos y heridos para dejarlos boca abajo y, tras rociarlos con gasolina, prenderles fuego. Tan cruel asesinato de los dolientes de la Wehrmacht, que yacían indefensos en centros sanitarios, abandonados durante la retirada, figura en varias de las narraciones de soldados alemanes; pero lo que llama la atención de esta es el hecho de que se reconozca que el trato execrable brindado por los suyos a los prisioneros de guerra soviéticos había convertido aquella guerra en algo sumamente brutal. Con todo, jamás llegó a presentar queja formal alguna sobre el particular, ni ante Hitler ni ante su alto mando.

Marie Avinov, intérprete de la policía militar de la Wehrmacht destinada en Zubrsov, recordaba la conversación que mantuvo el oficial alemán Heinrich von Lange tras un choque con el enemigo. Lo ocurrido lo había turbado de tal manera que solicitó la presencia del capellán de la división.

Nuestra unidad —refirió se hallaba apostada en las afueras de cierto pueblo. Ante nosotros se extendía una pradera y, tras ella, un bosque del que suponíamos que llegaría el próximo ataque de los rusos. Nevaba copiosamente y, de pronto, emergió de la arboleda un grupo de figuras no muy altas que caminaban con lentitud hacia nuestras posiciones. Al quedar más cerca de nosotros, pudimos comprobar que se trataba de una cincuentena de criaturas que no debían de superar los seis o siete años de edad. Horrorizados, nos dimos cuenta de que los soviéticos los estaban usando de señuelo mientras se preparaban para atacar detrás de ellos. No había un segundo que perder. Yo estaba al mando de las ametralladoras... y di la orden de hacer fuego. Segundos después, no quedaba vivo ni un solo niño.

Quedaron tumbados en la nieve como marionetillas, y cuando llegaron los rusos, combatimos con ellos como salvajes, sin dejar a uno solo con vida. No hicimos prisioneros: matamos aun a los que se entregaban e imploraban piedad. Dando puñetazos en la mesa, el oficial alemán se puso a exclamar: “¡Malditos sean los rusos! ¡Maldita sea esta guerra! ¡Malditos, malditos, malditos seamos todos!”. A continuación, se apoderó del lugar un silencio muy incómodo, tras el cual Lange miró de hito en hito al religioso y le preguntó: “¿Hemos o no hemos cometido un crimen imperdonable?”.

Yo debía haber ordenado a mis hombres que disparasen al aire, por encima de sus cabezas, y los críos habrían echado a correr como gazapillos

asustados. Tras otro silencio, concluyó con desesperación: “Un crimen es un crimen, por más que tratemos de convencernos de lo contrario”⁹.

Otto Fausten y sus compañeros descubrieron un modesto hospital recién abandonado por los soviéticos. “Estábamos efectuando una patrulla de reconocimiento, —refería— y vimos, sobre las pistas cubiertas de nieve, rodadas que indicaban que el enemigo se había replegado a la carrera. Todo estaba sumido en un silencio extraño. Entonces, topamos con una alquería de grandes dimensiones, oculta, tras un grupo de árboles, y en el interior dimos con una serie de combatientes soviéticos tendidos sobre montones de paja”. Fausten recorrió una a una aquellas camas improvisadas. Al levantar la cubierta que había sobre uno de los soldados, descubrí una trampa que debía de servir de escondite al médico o la enfermera. La volví a dejar caer. Los del ejército rojo lo miraron en silencio. Dos días antes, sus fuerzas habían asaltado de manera deliberada un puesto sanitario alemán en un pueblo de las inmediaciones. Ninguno ignoraba que, en aquella batalla, los dos oponentes estaban matando sin piedad a los heridos del contrario.

Fausten se detuvo al verse asaltado por cierto recuerdo: los soviéticos estaban efectuando un ataque, y su unidad se retiraba a la carretera de una población en llamas. Uno de sus mejores amigos había caído herido: lo habían alcanzado en una pierna e, incapaz de moverse, pedía ayuda con gritos desesperados. Sin embargo, a Fausten le resultaba imposible llegar a él, toda vez que el pueblo estaba plagado de soldados rivales. Él siguió llamándolo: “¡Otto, Otto!”, hasta que le remataron los soviéticos.

“Vamos a incendiar este sitio”, pensó, y se disponía a hacerlo cuando uno de los moribundos pidió agua, y Fausten, conmovido por su sufrimiento, no pudo menos de proporcionársela. Mientras lo hacía, se preguntó: “¿Tan diferentes somos?”. Fue entonces cuando tomó una determinación: echando mano a uno de sus bolsillos, sacó de él un paquete de tabaco y repartió los cigarrillos entre los heridos. Relajada de este modo la tensión, alemanes y soviéticos intercambiaron algunas palabras, breves pero sinceras: Spásibo... Danke. Fausten y los suyos salieron dejando intacto el lugar¹⁰.

El 19 de febrero de 1942, el sacerdote castrense de la Wehrmacht Josef Perau escribió en su Diario: “¿Habrá algún modo de expiar los crímenes que estamos cometiendo? En las inmediaciones de Róslavl están enterrados en enormes fosas comunes los muertos del campo de prisioneros soviéticos, y los camiones llevan cada día cientos de cadáveres más. El centinela que estaba de

⁹ Ib. pp. 318-319.

¹⁰ Ib. p. 320.

guardia me ha dicho que ya hay más de diecinueve mil. Al parecer, murieron por enfermedad o de inanición, porque nada se les da de comer. Los soldados me han hecho saber que algunos prisioneros han recurrido al canibalismo, llevados por el hambre, a comer carne de los cuerpos de sus compañeros fallecidos”.

Perau oyó a varios representantes de la administración alemana tratar de justificar lo que había ocurrido y achacando la culpa a las dificultades de abastecimiento que se habían padecido aquel invierno. “Bastante difícil ha sido ya encontrar víveres para nuestras propias tropas”, le dijeron; sin embargo, no le cabía la menor duda de que la responsabilidad de semejante tragedia recaía sobre la Wehrmacht, ni de que detrás de ella se encontraba la doctrina racial del régimen hitleriano. Al borde mismo de la fosa común, reflexionó: “Nadie de cuantos han quedado en Alemania va a poder creer lo que está ocurriendo aquí”. A la carrera, tomó una fotografía de lo que se extendía ante sí: “Montones de cuerpos retorcidos con los ojos abiertos de par en par y las manos extendidas en un terrible gesto acusatorio”¹¹.

El prisionero soviético Nikolái Obrinba recordaba su estancia en un campo de tránsito en Yártsevo, al noroeste de Smolensk. La alambrada que lo rodeaba estaba custodiada por torres de vigilancia construidas sobre pilares cuya estructura le hacía pensar en arañas gigantes. A su llegada, lo recibió un mar de rostros cerúleos por el frío y dotados de ojos hundidos. Los millares de personas que había allí recluidas no disponían de más raciones que unos cuantos trozos de carne de caballo. El hedor de los cuerpos en descomposición resulta ha abrumador. El comandante alemán Heinz Herre visitó el campo de prisioneros de guerra de Stálin, en la cuenca del río Donets a su paso por Ucrania. Un teniente del estado mayor del recinto le preguntó: “¿De veras quiere ver esta casa de fieras?”. El recién llegado accedió a un grupo de edificios en ruinas. “Un lugar asqueroso lleno de figuras esqueléticas —lo describió en su Diario— los muertos se mezclan con los vivos, y por todas partes hay orines y heces congelados”. El tifus se había hecho notar, y el único médico del lugar había caído enfermo de gravedad. “Veinte mil prisioneros, condenados todos a muerte —concluyó Herre—. En los recintos vecinos no es la enfermedad, sino el hambre, lo que está acabando con todos los reclusos”.

La inmensa mayoría de los 3,6 millones que hemos capturado, aseveraba, ha perecido ya debido al hambre y la enfermedad. Las más de esas muertes podían haberse evitado, pues aun en las áreas en las que escaseaba de veras el alimento, el paisanaje ruso solía traer víveres para los prisioneros. Sin embargo, los comandantes de nuestros campos optaron por dejarlos morir de inanición. “Cuantos más mueran, mejor para nosotros”: éste era uno de sus argumentos

¹¹ Ib. p. 331.

favoritos. El gobierno soviético está, por supuesto, al tanto de las condiciones que se dan en los recintos, y se asegura de que reciban sobrada publicidad entre el ejército rojo.

Tras una de las batallas libradas aquel mes de febrero, la unidad de Max Kuhnert tomó a dieciocho combatientes soviéticos. El oficial al mando le dijo: “Lléveselos a un kilómetro de aquí... y acabe con ellos”. Kuhnert los hizo marchar en dirección al bosque.

Uno o dos de ellos —recordaba— comenzaron a mirar a su alrededor y a lanzarme ojeadas inquisitivas. Eran, en su mayoría, hombres de edad. Los abrigo les caían por falta de cinturón, y tenían hechas jirones las botas forradas de fieltro. Les ordené a gritos que se detuviesen, y les indiqué con la metralleta que debían alinearse. Vi la alarma asomar a sus rostros, y uno de ellos sacó una cruz. Aquello fue la gota que colmó el vaso.

Nunca antes había desobedecido una orden y, sin embargo, en aquel momento agité la mano en dirección al bosque y, bajando el arma, comencé a alejarme. Cuando me di la vuelta, ya no había nadie a la vista. A mi regreso, por primera vez desde que senté plaza en el ejército, omití hacer informe alguno de la misión, tampoco nadie llegó a pedírmelo ¹².

En 1942 el domingo de la Resurrección cayó en 5 de abril tanto para la fe occidental como para la ortodoxia rusa. “Estamos usando la iglesia medio destruida como cuadra para los caballos, escribió el oficial de Estado mayor Hans Meier-Welcker. Con todo, hemos estado jugando a buscar huevos de Pascua por el pueblo, y nadie se ha quedado sin su parte”. De cuando en cuando, seguía habiendo gestos de bondad humana. El día 5, la iglesia que había ante la casa de Róslavl, que alojaba a Josef Perau, volvió a abrir sus puertas después de que el Kommandant de la plaza diera permiso a sus habitantes para celebrar el Domingo de Pascua. “La respuesta del paisanaje fue abrumadora, anotó Perau, pues los paisanos llenaron a rebosar el templo”.

Heinz Otto Fausten pensaba disfrutar de un día tranquilo y una cena decente, pero quiso la suerte que las cosas tomaran otros derroteros. “En una de las cuadras descubrimos a un joven ruso escondido bajo la paja, recordaba. Era del pueblo de al lado, y estaba tratando de evitar que lo reclutara el ejército rojo; pero nuestro sargento, sentenciando que debía de ser un espía, mandó fusilarlo, y yo me negué a acatar semejante orden”. Fausten, en calidad de único superviviente de una compañía de doscientos cuarenta soldados adscrita a la división blindada, había visto morir a miles de personas. ¿Qué podía importar

¹² Ib. pp. 332-333.

una más? Sin embargo, algo lo movió a desafiar a su Superior. “No pienso ejecutar a este hombre —le hizo saber—, ni tampoco voy a dejar que lo haga nadie más de esta unidad”. Sus camaradas se arremolinaron en torno a ellos, y se impuso un silencio ominoso. Entonces, el sargento instó a Fausten a personarse ante el oficial al mando. Éste escuchó lo que tenía que decir y, por sorprendente que resulte, optó por no castigarlo. “Vamos a trasladarlo”, le anunció en cambio.

Cuando regresó, se encontró con el sargento. Acababa de matar de un tiro al muchacho, cuyo cadáver yacía sobre la nieve. Aún manaba sangre del balazo que había recibido en la cabeza a quemarropa. “Has tenido suerte de que no te hayan formado un consejo de guerra —aseveró el sargento—. Vas a pasar la noche al raso custodiando el cadáver”. Las temperaturas nocturnas seguían siendo de diez grados bajo cero, pero sus camaradas lo obsequiaron con té caliente, y al fin, le fue dado refugiarse en un costado de la cuadra. “Pasé todo el tiempo totalmente despierto al lado de aquel ruso, refería Fausten. Sin siquiera conocerlo, sentía estar muy conectado a él. No tenía sentido, pero de cualquier modo, estuve la noche en vela sin separarme de él”¹³.

CELEBRACIONES DE NAVIDAD EN RUSIA

Durante la Navidad de 1941, los soldados germanos de todo el frente oriental pensaron en los camaradas que había apostados en las afueras de Moscú. El cabo Wolf Dose y la LVIII división de infantería la celebraron en las líneas de asedio dispuestas en torno a Leningrado. “Mis compañeros habían colocado para la ocasión un abeto en el refugio comunal y lo habían decorado con velas que daban una luz muy hermosa —recordaba—. Tras él había mesas cubiertas de los regalos y raciones extra. Mientras disfrutábamos del calor del lugar, cantábamos villancicos y nos deleitábamos intercambiando regalos, el tableteo de una descarga de ametralladora nos impuso un silencio repentino. El sonido hizo que recordáramos lo que estaba ocurriendo en los alrededores de Moscú, e donde nuestros camaradas estaban celebrando unas Pascuas bien diferentes, de índole marcadamente marcial”.

Entre las distintas formaciones alemanas nació un espíritu de camaradería en medio de la adversidad cuando se vieron lanzadas a un tiempo al caos de la retirada desde Moscú. La unidad de Franz Leiprecht comenzó a replegarse en dirección a Maloiaroslávets, a unos ciento diez kilómetros al suroeste de la capital, en torno a las 3 pm del 24 de diciembre. Llegadas las 5 am, se había unido a una larga columna que iba a lo largo de la carretera.

¹³ Ib. pp. 349-350.

“Según parece, estamos corrigiendo el frente” —señaló—. He conseguido plaza en un camión para hacer el viaje, pero el vehículo se encontraba en un estado lamentable y no dejaba de sufrir una avería tras otra”.

Al caer la tarde, Leiprecht y sus camaradas se vieron incapaces de dar con el pueblo en el que debían acantonarse. Recorrieron el lugar envueltos en la oscuridad, hasta que vieron luces a lo lejos. Procedían de otra población, aunque no dudaron en improvisar en ella su alojamiento. Mientras deshacían sus macutos los de su unidad, se abrió de pronto una puerta que comunicaba aquella estancia con otra. “En una gran sala de estilo ruso había una veintena de soldados alemanes sentados en torno a un árbol cargado de velas encendidas refirió Leiprecht—. Con una solemnidad maravillosa, comenzaron a cantar: “Noche de paz”, con acompañamiento de armónica. No pudimos sino permanecer en silencio ante la puerta, sin atrevernos a interrumpir aquella escena. En aquel sencillo círculo de combatientes podía sentirse la atmósfera más extraordinaria imaginable, mucho más poderosa que cualquiera de cuantas hubiese conocido en el interior de ninguna iglesia”.

Cuando se apagaron las voces de los que cantaban, pregunté si podíamos pasar a calentarnos, y todos nos acogieron con entusiasmo, ofreciéndonos café ... Al final, por lo tanto, me las agencié para celebrar la Nochebuena, y el bosque gigantesco que se extendía alrededor de nuestro pueblo nos garantizó paz y amparo. Mis pensamientos fueron en busca de los seres queridos que me esperaban en casa”.

Erich Monde, también se hallaba de viaje, La noche del 24 de diciembre, su batallón embarcó en un tren militar. “Hacia un frío de muerte —recordaba—: la temperatura había bajado a menos de treinta y cinco grados bajo cero, y los vagones estaban envueltos en nieve. Nuestra infantería se repartió entre ellos, de tal manera que a cada grupo de cincuenta le correspondió acomodarse en un furgón de mercancías dotado de paja sobre la que tenderse. Al entrar en el mío, me sorprendió ver que los soldados habían encontrado unas cuantas velas y estaban poniendo en pie un arbolito alrededor del cual nos sentamos todos. Cada vagón disponía de una estufa portátil de reducidas dimensiones que, pese a todo, poco podía hacer por atemperar aquel frío”.

El LXXXIV regimiento de infantería estaba a punto de ser trasladado al sur, de Viazma a Kaluga. A pesar de las bajas temperaturas, Mende jamás olvidaría las horas siguientes. “Mientras se adentraba en la noche nuestro tren, los soldados, exhaustos, aún se las compusieron para celebrar, en todos los furgones, la Nochebuena. De uno de los vagones llegó el sonido de una armónica; de otro, el de la tropa que cantaba “O Tannenbaum”, y de un tercero, las notas de “Noche de paz”. ¿Quién iba a pensar que en un tren de mercancías

que avanzaba a gran velocidad en medio de unas condiciones meteorológicas tan gélidas podría ser tan memorable la Nochebuena?”.

El villancico “Noche de paz” resultaba conmovedor en particular a los soldados alemanes habida cuenta de que, en aquel momento, el grupo de ejércitos Centro luchaba por recobrase de los golpes de la contraofensiva soviética. “En Nochebuena llegamos a una ciudad pequeña y desierta en la que encontramos una modesta iglesia —recordaba Franz Peters, adscrito a la XXIII división de infantería—. En el interior, en el lugar en que debía hallarse el altar, sólo podía verse el agujero de grandes dimensiones que habían dejado en el suelo los bolcheviques al arrancarlo. Aun así, los soldados no dudaron en congregarse en torno a aquel hueco y, tras encender una fogata, ponerse a entonar villancicos. Jamás he oído cantar “Noche de paz” con semejante fervor. Resultaba increíble. Muchos no pudimos contener lágrimas.

Peters y los restos maltrechos de su división se habían reunido en Vladichino, al oeste de Volokolamsk. Aquella noche, el general de división Heinz Hellmich, al mando de la unidad, hizo el siguiente llamamiento sincero a sus hombres: “De un modo u otro, debemos recobrar la confianza perdida y mantener a raya al enemigo. Tenemos que superar este aprieto, porque estamos luchando por sobrevivir”. Recibí un paquete de mi madre —recordaba otro de sus soldados, por nombre Karl —Gottfried Vicrkonr—. En él me enviaba bizcocho con chocolate que compartí con mis camaradas. Me pidieron que les leyera la tarjeta que lo acompañaba, y cuando acabé, todos guardaron silencio. Lejos, muy lejos de este terrible desastre, que nadie hubiese podido imaginar cuando entramos en Rusia, existían otras cosas. ¿Seguía habiendo Navidad en otros lugares? ¿Seguían quienes la celebraban intercambiando regalos, reuniéndose alrededor del árbol y asistiendo a la misa del gallo? ¿O era todo una ilusión?”.

Entre las unidades alemanas hubo algunas que tuvieron tiempo para preparativos. “En el fondo, no nos podemos quejar del modo como estamos celebrando la Navidad —escribió Ludwig von Heyl, teniente de la XXXVI división de infantería motorizada, acuartelada en el pueblo de Frolóvskoic—. La casa está limpia y bastante caldeada. Hemos cocinado un pollo que traíamos durante la retirada y nos lo hemos comido, y a eso hay que sumar tres tabletas de chocolate, dos botellas mediadas de vino tinto y una de espumoso, rematado con un sorbo de coñac. —Bajo este inventario detallado, escrito en el reverso de un mapa capturado a los soviéticos, añadió—: Dimos gracias a Dios por seguir con vida”.

El artillero Gerhard Bopp se despertó temprano aquel 24 de diciembre. “Me levanté a las ocho de la mañana y me puse a organizarlo todo” —

escribió—. Primero, me las arreglé para procurar algo de panceta ahumada y luego me dirigí al pueblo vecino y conseguí, mediante trueque, patatas, leche, cinco pollos y un arbolito no muy grande. Volví al cuartel y empecé a decorarlo. Hicimos estrellas recortando el papel de plata de los paquetes de cigarrillos, y algunos de los lugareños nos dieron velas para que las atásemos a las ramas del árbol. Celebramos las Pascuas como está mandado, con muslos de pollo, servilletas y cubiertos, y con el arroz con leche que alguien preparó.

Aquella noche, él y los de su unidad disfrutaron de la cena en compañía y, después, apagaron las luces para dejar las velas del árbol como única iluminación de la sala. Bopp había preparado un modesto regalo para cada uno de sus camaradas, y pudo comprobar encantado, que todos ellos habían hecho lo mismo. Aun así, pese a lo reconfortante de la ocasión, también tuvo oportunidad de quedarse desconcertado por lo que ocurrió a continuación: “Con el intercambio de regalos sentí que me invadía un verdadero espíritu navideño, pero acto seguido me vi asaltado por una sensación de soledad repentina y abrumadora, como si tuviese un rincón frío y vacío en el corazón. Aquél fue el momento más triste que había vivido nunca”.

El coronel August Schmidt, comandante de uno de los regimientos adscritos a la X división de infantería motorizada, quedó maravillado ante el don improvisador de sus soldados. “Nos trasladamos a una línea defensiva nueva en torno al mediodía del 24 de diciembre —señalaba—, y horas después habían experimentado la transformación más extraordinaria que pueda imaginarse. Habían puesto árboles de Navidad en el cuartel general de cada compañía, con velas y adornos confeccionados con paquetes de tabaco, y a sus pies habían colocado regalillos y trozos de chocolate y pastel. El resultado era sencillo, pero muy conmovedor”.

A la X división blindada del operador de radio Wilhelm Schröder, en cambio, las cosas no le salieron tan bien. “Elegimos una sala fría dentro de una casita —recordaba aquél— y comenzamos a prepararla. Encontramos en el pueblo una estufa pequeña de hierro y la instalamos allí. Poco después, estaba ardiendo con alegría. Acto seguido decoramos la habitación, colocamos un árbol y cubrimos con papel de periódico las paredes. Pero entonces entraron unos oficiales y confiscaron la radio diciendo que ellos también querían música navideña, y por si fuera poco, se quemaron los pollos que habíamos conseguido a cambio de la mayor parte de los cigarrillos que teníamos”.

Con todo, aún estaba por venir lo peor: un alarmante olor a madera quemada les anunció que el calor de la estufa había incendiado las tablas del suelo. Codo a codo con el anciano parlanchín propietario de la casa, organizaron una rápida operación de rescate, y así, mientras unos se ocupaban

en romper la capa de hielo que se había formado en el pozo del pueblo, otros hacían una cadena para acarrear los cubos de agua. A Schröder lo sorprendieron las gracias de su anfitrión ruso: “El vejete no dejaba de correr de un lado a otro de la sala, tratando de hacerse cargo de todo a la vez. Se metía debajo de la estufa y volvía a salir para encaramarse a lo alto, sudando como un cochino y sin dejar de farfullar comentarios cada vez más ridículos. Los soldados, que seguían trayendo baldes de agua, comenzaron a sonreír por primera vez en varias semanas. Después de dedicar una hora a hacer de bomberos, pudimos por fin celebrar juntos la Nochebuena. El anciano nos sirvió vodka, y la mesa estaba cubierta con comida y vino. Por toda la habitación se extendió un sentimiento de paz y calma. Resultaba maravilloso ver a todo el mundo reír de nuevo”.

A muchos soldados alemanes les resultaba imposible disfrutar de la comida o de las risas, el juego o ninguna otra distracción. El 24 de diciembre, la CXCVII división de infantería del cabo Alos Scheuer recibió órdenes de replegarse tras la línea de combate, y a primera hora de la mañana sus integrantes comenzaron a salir de sus posiciones. Marcharon a través de montones de nieve que, en ocasiones, les llegaba por encima de la cintura, y dejaron atrás pueblos en ruinas que habían quedado abandonados. “Las últimas semanas hemos estado muy próximos al enemigo —escribió Scheuer—, y hemos sufrido en consecuencia numerosas bajas. Mi antigua compañía está ya irreconocible, pues casi todos están muertos, han sido heridos o han desaparecido. Yo soy de los pocos supervivientes”. Aquella noche, llegaron al fin al nuevo acuartelamiento. “Nos decepcionó grandemente no recibir nada por Navidad: ni comida, ni alcohol ni correo de nuestros hogares. Si tenemos víveres es gracias a las raciones de emergencia. Tampoco sabemos nada de cuándo debemos esperar un permiso”. A ello añadió con tristeza: “Dada la situación militar presente, dudo que sea pronto”¹⁴.

“Cuando uno cree que la guerra no puede empeorar —escribió Helmut von Harnack, vuelve a hacerlo. Durante la Nochebuena los ataques del enemigo alcanzaron nuevas cotas de ferocidad, cargando con gran temeridad y sin reparar en pérdidas. Me he hecho cargo de una compañía abigarrada de soldados de infantería, carros de asalto y cañones autopropulsados, y siempre acabamos metidos en lo peor de la acción; pero ha habido un momento que ha sido en particular inolvidable: tras lograr atravesar las fuerzas del enemigo, hemos rescatado un batallón alemán que había quedado rodeado. El comandante de la unidad liberada me ha mirado y, gritando para que lo oyese pese al fragor de la batalla, me ha asegurado: “¡Este es el mejor regalo de Navidad que me han hecho nunca!”.

¹⁴ Ib. pp. 249-254.

De cuando en cuando, las tropas alemanas se componían para hacer volver las tornas respecto de los perseguidores del Ejército rojo. Un grupo reducido de la XX división blindada estaba defendiendo tres casas fortificadas en el extremo más alejado del pueblo de Aristovo, sito al sur de Naro Fominsk y en manos soviéticas en su mayoría. Los soldados pusieron en común sus raciones —consistentes en algo de té y una cantidad diminuta de alcohol—, y advirtiendo que resultaban insuficientes aun para la más modesta de las celebraciones, se resolvieron a capturar parte de las provisiones del enemigo.

Así, al caer la tarde, el último carro de combate que les quedaba avanzó por la calle principal del pueblo seguido de una treintena de soldados de infantería que lanzaban bombas incendiarias a los techos de paja para prenderles fuego antes de disparar con las metralletas. Aquel desesperado acto de fanfarronería tomó por sorpresa a los del Ejército Rojo que, no obstante ser muy superiores en número, echaron a correr en dirección al bosque. En consecuencia, aquella noche hubo festejos pese a todo.

En el resto del frente, la presión soviética era incesante. El diario de combate de la CXXXIV división de infantería registró toda una serie de asaltos soviéticos el 24 de diciembre. A las 8.30, el ejército rojo entabló batalla con el CDXXXIX regimiento de infantería, y a continuación cambió de objetivo y arremetió contra el depósito de abastecimiento y munición. A las 16.30 atacó al CDXLVI regimiento de infantería y envió patrullas para tantear otras secciones de las líneas alemanas. Al caer la tarde, acrecentó los fuegos de su artillería y comenzó a hostigar todo el frente. El citado diario concluía: “La sucesión de asaltos da la impresión de que el enemigo tenga la intención de interrumpir de manera sistemática las celebraciones de Navidad”.

En el flanco septentrional del grupo de ejércitos Centro se estaban empeñando combates de gran crudeza en torno a la VI división de infantería de Heinrich Haape. La mañana del día de Nochebuena, la unidad rechazó un ataque soviético a cambio de un número considerable de bajas. El frío era tan intenso que cuando Haape y sus camaradas salieron al campo de batalla para despojar a los caídos del enemigo de sus abrigos acolchados y sus botas con forro de fieltro, se encontraron con que las prendas se habían congelado hasta hacerse inseparables de quienes las llevaban. Aquella noche supieron de una sección vecina cuyas filas había logrado atravesar el atacante, quien la amenazaba así con rodearlos ¹⁵.

¹⁵ Ib. pp. 258-259.

A las 00.45 del día de Navidad, el ejército rojo rodeó el cuartel general del regimiento acantonado en el pueblo de Bukontovo. Alrededor de la iglesia se produjo un feroz encuentro cuerpo a cuerpo que resultó ser el último. La batalla iba de un lado a otro mientras los caballos de la artillería y la intendencia, aterrorizados, trataban de librarse de los ronzales que los ataban al patio parroquial. El comandante del regimiento, herido ya en dos ocasiones, permaneció en primera línea, pistola en mano, para organizar la resistencia. Al final, los soviéticos lograron irrumpir en el templo, se batieron en subida al campanario, en donde tenían los otros el punto de observación del tiro de la artillería, y aplastaron a quienes lo defendían. A las dos de la mañana, lo que quedaba en pie de la división hubo de abandonar sus posiciones para evitar que los envolviesen. “La mayoría de nosotros caminaba ya con paso poco firme por la frontera que separa cordura de la demencia —afirmó Haape—. La risa iba siempre de la mano del llanto, y el optimismo andaba al lado de la desesperación más funesta. La muerte marchaba junto con nuestras filas, y nada quedaba ya de cuanto pudiera calificarse de normal”.

Los soldados soviéticos eran muy conscientes de la especial importancia que revestían aquellas fechas para los alemanes, y convirtieron el hecho de interrumpir las celebraciones del enemigo en casi una cuestión de honor. El 25 de diciembre no tenía ninguna significación peculiar para ellos, pues la Iglesia Ortodoxa rusa celebraba la Navidad a principios del año nuevo, el 7 de enero, por seguir el viejo calendario juliano, y de cualquier modo, el régimen bolchevique, dado su ateísmo, no reconocía oficialmente ninguna de las fechas cristianas. Resulta, sin embargo, interesante el que Stalin estuviese acariciando a la sazón la idea de reabrir algunos lugares de culto a modo de gesto propagandístico —con el que fomentar el concepto de lucha patriótica contra el invasor germano.

Después de que los alemanes emprendieran la retirada, Stalin había mandado realizar una película de propaganda titulada “Por qué luchamos”, cuyo rodaje se efectuó casi por entero aquel mes de diciembre de 1941. En ella se presentaba la contraofensiva soviética en toda su Magnitud: carros de combate del ejército rojo, unidades de caballería y soldados con esquís que avanzaban a gran velocidad mientras los sobrevolaba la aviación soviética. Los soldados alemanes, en cambio, aparecían rindiéndose en bloque aterrados. La cinta también mostraba brevemente, la celebración de un oficio religioso en cierta iglesia adscrita al rito ortodoxo.

Stalin había ordenado que se pusiera en escena la celebración de una misa navideña ortodoxa rusa. Uno de los camarógrafos confesó: “Tenía que aparecer en la película, aunque la verdad es que la hemos rodado varias semanas antes”. Todos rompieron a reír, y entonces, uno de los soldados del

ejército rojo bromeó: “Está claro que al camarada Stalin le falta práctica en lo que toca a observancia religiosa. A lo mejor se ha confundido con la festividad germana”.

“Sabíamos que los alemanes querrían celebrar las Pascuas entre el 24 y el 25 de diciembre, comentaba el artillero soviético Pável Osipov, por los árboles de Navidad y demás elementos de decoración que encontramos en los pueblos que liberábamos del enemigo, y con la esperanza de que semejante ocasión le haría bajar la guardia, lo hostigamos aún más durante este periodo¹⁶.

Lo cierto es que las fiestas navideñas sí tuvieron alguna repercusión entre los soviéticos. El teniente Iván Savenko jamás olvidaría la incursión que hizo su unidad la noche de Nochebuena a fin de saquear al enemigo. Su objetivo era una unidad alemana acantonada en las inmediaciones de Beliov, a ochenta kilómetros al sur de Kaluga. Aquella mañana observaron con los binoculares la llegada al campo enemigo de una larga columna de provisiones. Vieron a los soldados descargar con alborozo cajas de vino, chocolate y cigarrillos. “Con sólo pensarlo se nos hacía la boca agua. —recordaba Savenko—. En el morral no teníamos más que un poco de pan duro desmigajado”. En las últimas semanas, a medida que avanzaban, la cadena de abastecimiento se había ido alargando tanto que, a la postre, los combatientes del Ejército Rojo habían acabado por tener que conformarse con las raciones más esenciales, y la idea de robar a los alemanes la cena de Navidad resultaba por demás tentadora.

Savenko y sus camaradas, sabedores de que el enemigo se mostraba renuente a combatir por la noche con las inclemencias de aquel tiempo invernal, aguardaron hasta la hora crepuscular antes de acometer su ataque; pero aquél, previendo tal contingencia, les había tendido una trampa. “Avanzamos hasta entrar en el pueblo, refirió Savenko, y aunque nos extrañó que los alemanes se replegaran sin ofrecer demasiada resistencia, supusimos que debían de estar ya algo perjudicados después de las celebraciones navideñas y proseguimos en dirección a la columna de avituallamiento. Habían descargado algunos furgones, pero uno de los del centro seguía lleno a rebosar, y no dudamos en abalanzarnos sobre él y ponernos a saquearlo. De pronto, se encendieron bengalas por todos lados: habían emplazado posiciones de tiro en los tejados de las casas que nos rodeaban, y desde allí aniquilaron nuestra unidad. A mí me alcanzaron en un brazo, pero mis camaradas me arrastraron hasta un lugar seguro”¹⁷.

¹⁶ Ib. pp. 262-263.

¹⁷ Ib. pp. 264-265.

Los combatientes germanos hicieron cuanto estuvo en sus manos por festejar la Navidad de un modo u otro, el régimen nazi también optó, no obstante la suspicacia que siempre había tenido al cristianismo, por abrazar de manera oficial la celebración de aquellas fechas durante un periodo tan crítico. Desbaratadas de forma drástica sus esperanzas de obtener un triunfo rápido sobre la Unión Soviética, vio en ellas la oportunidad perfecta para hacer que el público alemán apartase la atención del creciente desastre militar que se estaba produciendo en oriente. Así, decidió presentar a los soldados que tenía apostados en Rusia como protectores heroicos de la madre patria y anunciar que Alemania podía celebrar las Pascuas con la seguridad de que no sería atacada por las hordas bolcheviques, por estar la Wehrmacht haciendo guardia en la remota frontera de levante.

El ministro de propaganda Goebbles dijo: “Este año hay pocos regalos alrededor de nuestros árboles de Navidad: hemos enviado nuestras velas al frente oriental, en donde las necesitan nuestros soldados más que nosotros”.

El teniente Wilhclin Prüller, nacionalsocialista ferviente, escribió aquella noche: “Conozco bien los sacrificios que deben soportarse en Rusia, porque son sacrificios hechos en pro de una causa más elevada gracias a nuestra lucha, millones de los nuestros pueden celebrar estas fiestas, las más alemanas de todas, en paz y con seguridad”.

El 24 de diciembre pusimos el árbol de Navidad, recordaba el soldado Josef Deck, y escuchamos un mensaje radiado de Hitler en el que, desde la seguridad que le brindaba su cuartel general, tan distante, se comprometía a defender personalmente nuestra patria. Lo olvidamos enseguida, pues teníamos cosas más apremiantes en las que pensar, y nos pusimos a hacer reparaciones de urgencia en las carreteras pese al frío glacial. La línea de combate se encontraba ya a diez kilómetros de Mtsensk, y tras ella, el alto mando ha ordenado crear una “zona muerta” en la que había que reducir todo a cenizas. Debido a tan brutal acción, los campesinos rusos están atacando nuestras posiciones con horcas y guadañas junto con los soldados regulares del ejército rojo. Todos estamos deseando escapar de un modo u otro de esta guerra terrible¹⁸.

Hitler formuló una petición específica a su pueblo: “Si la nación alemana desea hacer un regalo a sus soldados por Navidad, que sean prendas de abrigo”. En particular, se solicitó a los ciudadanos que enviaran botas forradas de pieles, abrigos de lana, chaquetas y ropa interior cálida, gorros y guantes acolchados. “Las noticias de la recogida de prendas de invierno provocaron más enojo que

¹⁸ Ib. pp. 204-208.

júbilo, declaró Ulrich de Maiziére, oficial de la XVIII división blindada, pues sólo sirvió para poner de relieve la escasa preparación de nuestro alto mando”. Franz Peters, soldado de la XXIII de infantería, añadía: “En realidad, no llegó cuando la necesitábamos: mi unidad no recibió la ropa de abrigo hasta el mes de mayo de 1942, cuando la temperatura se había elevado a los veintidós grados centígrados. A esas alturas hacía tiempo que había muerto de frío la mayor parte de nuestros camaradas”.

Por supuesto que se mostrara Hitler a hablar de celebraciones navideñas, lo cierto es que, si toleró la presencia de sacerdotes cristianos en la Wehrmacht, fue sólo a regañadientes. El capellán castrense Josef Perau hubo de luchar con los problemas de conciencia que le acarreó el hecho de ejercer de religioso vinculado al régimen nacionalsocialista hitleriano en pleno corazón de la Rusia bolchevique. “En el caos en que está sumido este conflicto escribió, nuestra misión consiste en dar con el bien en medio del horror, y en aferrarnos a él”.

Dice: “Un teniente alemán herido me recibió con gran alborozo. Estrechó mi cruz y, llevándosela a los labios, la oprimió contra ellos un buen rato. Semejante entusiasmo religioso bien podría ser fruto de la tensión provocada por los combates, pero ¿quién soy yo para juzgar si es o no sincero?”.

Perau quedó conmovido en lo más íntimo por la sencilla misa que celebró en Yújnov, a doscientos kilómetros al suroeste de Moscú con motivo de Navidad. “Al culto principal de la mañana de Navidad han acudido entre trescientos y cuatrocientos soldados —escribió en su diario—. No los ha congregado campana alguna, ni han encontrado ninguna iglesia adornada para la ocasión ni envuelta en hermosos cantos: han venido todos a un establo frío y oscuro, dotado de un altar improvisado en el que oficiaba un sacerdote solitario. Nada más. Y, sin embargo, todos han entendido que eso es lo que hay. Sus cantos, vigorosos y sentidos, resultan más emotivos que el recital más refinado.

Estas fueron las impresiones que apuntó el día 24 el capellán de otra división: “He dormido bien en un cuarto sucio, rodeado de peladuras de patata y otros desperdicios. He visitado a los hombres en sus alojamientos, tienen un aspecto horrible: harapientos, cubiertos por picaduras de chinche y con los cuerpos sangrientos, demacrados y desaseados. Los fuegos de mortero de los rusos se están acercando. Han reventado a un hombre enfrente mismo de la iglesia, que tuvo que ser magnífica en otro tiempo; ahora, las túnicas de brocados de oro hacen oficio de cortinas de las ventanas rotas. Oímos al enemigo disparar desde el bosque vecino. Por la noche he regresado al sótano abarrotado en que están acantonados los soldados y he hablado con ellos. Luego, me han pedido que les lea de la Biblia el relato de la Navidad”.

Aun así, cualquier búsqueda de significado chocaba de inmediato con el odio y el dolor, imposibles de aplacar, que había engendrado la guerra hitleriana en el este. Marie Avínov ejercía de intérprete de la Wehrmacht en la ciudad de Zubtsov, ocupada por los alemanes. El día de Nochebuena, la policía militar tomó a una banda de adolescentes rusos que había robado algunos de los paquetes que habían recibido los soldados por Navidad. Avínov recibió orden de interrogar al cabecilla, un chiquillo de unos trece años de pelo rubio y ondulado y penetrantes ojos azules del que los alemanes sospechaban que trabajaba para especuladores del mercado negro. Ella, que no estaba muy convencida de esto último, le advirtió que toda la pandilla podía morir ejecutada, ya que la muerte era la pena acostumbrada para tales delitos. “El muchacho me miró con fijeza de un modo muy desconcertante. Yo, sintiéndome cada vez más cohibida, me puse a hablar demasiado alto y rápido, pero él no me respondió gran cosa”.

Avínov, que justificaba su cooperación con el régimen alemán mediante el odio que profesaba al bolchevismo y a la represión estalinista, se sintió sacudida por aquel encuentro. “Me conmovió el valor de aquella criatura inflexible a la que no parecía mover el provecho”. Por el contrario, veía en aquel robo un acto de sabotaje de veras patriótico, pues estaba negando al invasor el disfrute de regalos capaces de brindarle solaz y alentar su causa, y no había castigo alguno, por severo que pudiera ser, capaz de disuadirlo”. Le asestaron una tunda brutal antes de soltarlo. Poco después, volvieron a pillar a los de su banda con las manos en la masa mientras trataban de robar paquetea navideños de un trineo.

La Navidad, estuvo marcada por el intercambio de cartas y otros mensajes, y el régimen de Stalin, que tenía presente las ambiciones expansionistas de Alemania, ideó un giro por demás ingenioso para la ocasión. El 24 de diciembre de 1941, los aviones soviéticos sobrevolaron las líneas enemigas lanzando sacas de “tarjetas navideñas en las que deseaban a la Wehrmacht felices fiestas con la representación de un campo nevado cubierto de cruces rematadas con cascos alemanes y la sencilla leyenda: “Espacio vital en oriente”.

Pese a todo, de cuando en cuando, en medio del horror de aquella guerra, se tendían, puentes del modo más sorprendente e inimaginable entre las dos ideologías opuestas. La noche de Nochebuena, la V brigada blindada del teniente Hans Schäufler se trasladó a las posiciones que había preparadas en la modesta ciudad de Kromi, cerca de Oriol. En el centro del municipio había una iglesia ortodoxa medio derruida que habían tratado de volar los bolcheviques tras la revolución soviética para, más tarde, usarla a modo de almacén. Cuando los alemanes accedieron al interior, la hallaron cubierta de nieve hasta la altura de las rodillas. De las ventanas rotas pendían carámbanos, y los restos

maltrechos de la bóveda presentaban una gruesa capa de escarcha. Dentro corría un viento helado, y aun así, los recién llegados estaban resueltos a improvisar una misa. Scháufler señaló: “Después de varias semanas de enfrentamientos desesperados, sólo queríamos dar gracias a Dios por seguir con vida”.

Los hombres se aunaron en arreglarlo todo: despejaron la nieve tan bien como les fue posible; buscaron adornos y los decoraron con velas. Algunos de ellos levantaron las maderas del suelo de una de las salas laterales para improvisar un altar y una credencia de tosca factura. En medio de tales preparativos, Sháufler recibió un mensaje urgente radiografiado que decía: “Hay un regimiento cosaco avanzando hacia Kromi, y también se han detectado actividades partisanas cerca de la ciudad”. Sabía que si se lo leía a sus soldados, dándose así por enterados de manera oficial, éstos tendrían que ocupar puestos de combate y olvidar el oficio religioso que tenían planeado celebrar. Pese a lo serio del aviso, todos querían conmemorar la Navidad con desesperación. “No podía creer que los rusos fuesen a atacar tan rápido, así que, tras discutir la situación con un amigo, ambos decidimos hacer caso omiso de la advertencia”.

El capellán de la división había llegado para officiar la misa, que congregó a unos ochenta combatientes en el vasto interior de la iglesia. “El sacerdote se colocó tras el altar que habíamos puesto ante nosotros, iluminado por la luz fantasmal de las velas vacilantes. Sobre los hombros le caían copos de nieve a través de la cubierta rota del templo”. El teniente miró entonces a su alrededor, y se maravilló, incrédulo, al ver lo siguiente:

De pie tras nuestro modesto grupo había aparecido una multitud de rostros perteneciente a los habitantes de Kromi, hombres de aspecto rudo, ataviados con rudimentarias polainas atadas con tiras de cuero, y mujeres tocadas con pañuelos de tonos oscuros. A pesar de su humilde atuendo, jamás había visto una reunión de aspecto más festivo. Al ver sus ojos brillantes de expectación, no pude menos de pensar: “¿Cuánto tiempo hace que a estas gentes no les permiten participar en una ceremonia religiosa?”. Los ciudadanos de Kromi, incapaces de comprender una sola palabra de nuestras celebraciones, no tenían ninguna intención de desperdiciar la ocasión.

La misa prosiguió, y los soldados se fueron poniendo en pie para hacer las lecturas. Todo estaba envuelto en cierto aire de irrealidad: en medio de una de las guerras más terribles que haya conocido la historia de la humanidad, el invasor alemán, portador de tanta destrucción, estaba honrando a Dios en las alturas y enviando un mensaje de paz y buena voluntad a todos los hombres de la tierra.

Scháufler volvió a recorrer el lugar con la mirada, y esta vez se estremeció por otro motivo: “Al fondo de la iglesia, reparé en la presencia de un grupo de jóvenes rusos que presenciaba la escena separado del resto y con los gorros puestos. Los miré a la cara y pude percibir en sus ojos una extraordinaria expresión de odio profunda . Entonces, me golpeó la memoria algo que había olvidado: ¡el aviso del radiotelegrama!”. Eran soldados del ejército rojo o guerrilleros. Paralizado por el miedo, Scháufler advirtió que uno de ellos se encontraba un tanto apartado de los demás. Tenía rasgos marcados, propios de una persona inteligente, y el teniente dio por hecho que debía de ser el cabecilla. Los rusos también tenían la mirada puesta en él, como si aguardaran a una señal suya. Una abuelita de cabello blanco como la nieve se dirigió pesadamente a la mesa del altar y arrodillándose con gran dificultad, tendió una mano temblorosa para tocar la cruz. Mientras regresaba a su asiento, Scháufler no pasó por alto un detalle nada desdeñable:

Noté un cambio entre los de aquel grupo siniestro que nos contemplaba desde las sombras: algunos de ellos miraban hacia el altar, y no faltaba quien lo hiciera sonriendo. Cuando todo el mundo se arrodilló alcancé a ver que el hombre de aspecto distinguido, situado en medio de ellos, llevaba las botas de corte perfecto propias de un oficial bajo el abrigo de piel.

El sacerdote estaba impartiendo la bendición final. Ignorante de la llegada del ejército rojo a la iglesia, elevó la cruz y la movió de un lado a otro sobre toda la congregación, rusos y alemanes, amigos y enemigos por igual. Entonces se adelantó el cabecilla del grupo y, tras quitarse con cuidado el gorro de pieles, bajó la cabeza con lentitud. Nervioso como si esperasen alguna clase de castigo, sus hombres siguieron ejemplo, vacilantes, aunque sin excepción.

Dos armónicas comenzaron a tocar un villancico. Los soldados soviéticos habían abandonado ya el edificio. Los reunidos en aquel lugar cubierto de nieve cantaron con fuerza “Noche de paz”, el viento llevó el estribillo más allá de la techumbre abierta. Una nube blanca de vaho quedó pendiente sobre la congregación unos instantes después de desaparecer en la oscuridad de las alturas.

Poco a poco, el lugar se fue vaciando. Scháufler fue el último en salir, y fuera, en el pórtico, se encontró con el hombre de las botas de oficial. No había nadie más en los alrededores.

Nos miramos a los ojos —concluía su relato durante un largo espacio de tiempo. Entonces, en un alemán titubeante, dijo, primero para sí y después, con aire solemne, a mí: “Christus ist geboren!” (Ha nacido Jesucristo). Luego, con

gran espontaneidad, me tendió la mano. Yo le di la mía y correspondí a la firmeza con que me la estrechaba.

A continuación se fue: desapareció en medio de la oscuridad de la noche rusa, y no por el camino que habían tomado los demás, sino avanzando confiado en una dirección distinta pese a que la nieve llegaba a la altura de la rodilla ¹⁹.

EL DESASTRE

Cuando comenzó la contraofensiva rusa a partir del 6 de diciembre de 1941 empezaron a morir miles de alemanes, no solo por las armas, sino también por el frío reinante y el poco alimento, además de no tener la ropa adecuada para enfrentar el frío invernal. Por supuesto que la responsabilidad última del calvario que vivían los alemanes del frente ruso era del mismo Hitler. Mientras sus ejércitos morían en el frente ruso, cuatro días después de que Japón bombardeara la flota norteamericana en Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, Hitler se dio el gusto de declarar la guerra a Estados Unidos, ampliando así el teatro de la guerra y manifestando un desentendimiento total de la realidad del desastre que enfrentaban sus soldados en el frente oriental.

En la retirada forzosa de las cercanías de Moscú, ante la imposibilidad de tomar la ciudad, muchos heridos alemanes se quedaban en el camino por no poder seguir a los compañeros y estos no podían llevarlos consigo por estar perseguidos de cerca por las tropas rusas. Fue un verdadero cataclismo para el ejército hitleriano. Para empeorar los males ante las malas noticias del frente ruso, Hitler destituyó al general Brauchitsch y se nombró a sí mismo como jefe total del ejército alemán. Esta fue otra de las medidas erróneas de Hitler que desde su cuartel general creía conocer bien la situación real de los frentes de guerra y eso sin tener la preparación adecuada como los generales de carrera. Una de las decisiones lamentables que tomó en seguida fue que todos se mantuvieran en el frente sin dar un paso atrás. Esto fue también una lamentable decisión, pues retrasó unos días la retirada y el tener que enfrentar fuerzas superiores, que derrotaron poco a poco a diferentes grupos de resistencia. El hecho fue que en el invierno, con temperaturas de hasta 35 grados bajo cero, no funcionaban los motores de los camiones ni los tanques, ni las ametralladoras, pues se congelaba el combustible y estaban así a merced del enemigo, que estaba mejor preparado, con más hombres venidos de Siberia, con trajes forrados para el invierno y sabiendo cómo usar un lubricante para que no se congelara y pudieran funcionar el armamento pesado.

¹⁹ Ib. pp. 268-273.

Un oficial escribió: *Nuestro equipo militar no funcionaba bien, ya que nuestros vehículos, aviones y armas no disponían de los lubricantes necesarios para resistir aquel frío extremo.*

Los soviéticos habían previsto tal posibilidad. Sabían que el poderío del ejército alemán dependía sobre todo de sus fuerzas mecanizadas, que tanto daño habían infligido al ejército rojo en el verano y el otoño de 1941, y también estaban informados de que el enemigo no había recibido los materiales necesarios para mantener en funcionamiento sus motores cuando las temperaturas se hallaban muy por debajo del punto de congelación; a saber: aceite de motor resistente al frío y lubricantes de glicerina. “Los alemanes — escribió el general Zhukov— eran vulnerables durante los combates invernales porque el frío extremo (por debajo de los treinta grados bajo cero) hacía inservibles los motores de sus carros de combate y su artillería motorizada, quebrando así la columna vertebral de su ejército” ²⁰.

Qué hacemos desperdiciando nuestras fuerzas en este infierno helado, en el que no podemos usar tanques ni otros vehículos si no los calentamos, encendiendo hogueras bajo ellos y fallan constantemente los equipos de radio, es algo que escapa a la comprensión de todos nosotros. Los ejércitos rusos se muestran cada vez más activos, pues soportan la nieve y el hielo mucho mejor que nosotros. Sus unidades tienen capotes blancos para la nieve, chaquetas y pantalones impermeables y botas de piel de borrego con forro de fieltro. Además, disponen de lubricante especial para sus armas automáticas. Están mejor adaptados a estas noches terribles, que comienzan en torno a las tres de la tarde, cuando cae la luz, y no acaban hasta las diez de la mañana siguiente ²¹.

La mañana del 6 de diciembre, el teniente Ludwig Freiherr escribió: “El camión de la ametralladora pesada no arranca; la dirección del vehículo de soporte de la artillería, tampoco, y no consigo que el motor del camión de transmisiones haga otra cosa que ronronear. He probado con tres cables de conexión diferentes, y la respuesta es la misma. Mi comandante ha venido a decirme que me dé prisa, porque el enemigo está a punto de atacar; así que me he puesto en marcha lentamente con la esperanza de que los demás me sigan en breve. La orden de mantenernos firmes en nuestras posiciones me parece optimista en exceso”.

Fritz Hübner describió el siguiente panorama: “Nuestros aeroplanos, emplazados en campos de aviación avanzados sin apenas protección ante los elementos, ni siquiera podían encender los motores, y eso nos privó, de golpe, de

²⁰ Ib. p. 177.

²¹ Ib. p. 137.

toda la protección que se nos podía brindar desde el aire. Con los motores de los carros de combate ocurrió exactamente lo mismo: los vehículos quedaron inmobilizados y por lo tanto, ya no nos eran de ninguna utilidad. Los mecanismos de disparo de la artillería también dejaron de funcionar, lo que nos negó asimismo la protección que nos ofrecían nuestros colosales cañones. Las ametralladoras pesadas no iban a tardar en encasquillarse de forma continua, colmando de ese modo aquel completo desastre”.

En consecuencia, se abandonó la mayor parte del equipo bélico. “Normalmente nos deshacíamos de las piezas de artillería metiendo una granada de mano en el cañón —explicaba Húbner—, y de los carros de combate, fijando cargas explosivas de tres kilos a la escotilla para destruir así todo el interior. En el caso de los camiones y otros vehículos de motor, taladrábamos éste para introducir también una granada de mano. Se trataba de una labor desmoralizadora”.

Durante la retirada, eran pocos los soldados alemanes que disponían de nada con que resguardarse del frío inexorable aparte de un uniforme común y un sobre todo. Veían a las tropas de Siberia atacar sus posiciones bien pertrechadas y ataviadas con prendas acolchadas e impermeables, gorros de piel, guantes y botas con forro de fieltro, en tanto que ellos vestían ropa por demás insuficiente para temperaturas tan bajas. Las consecuencias fueron terribles. “Hemos convertido un parvulario en puesto de socorro —escribió el teniente Kurt Grumann a comienzos de la contraofensiva soviética . Hoy ya han traído a ochenta hombres, y la mitad de ellos tiene congelación de segundo y tercer grado. Traen las piernas hinchadas y cubiertas de días de ampollas transformadas en una masa informe más que en miembros. También se han dado casos de gangrena. Y todo esto ¿para qué?

Todo el que se rezagaba estaba perdido. Pese al desorden imperante, Gründer y sus camaradas seguían haciendo lo posible por auxiliar a los heridos²².

Hitler hizo saber al general Franz Halder, jefe del estado mayor del ejército que había que infundir a cada una de las unidades la voluntad de resistir y cumplir a rajatabla la táctica de la tierra quemada, es decir, defender palmo a palmo el terreno e incendiar todo pueblo que hubiesen de abandonar, sin importar la suerte de sus habitantes. Cuando ya Hitler, ante los insistentes avisos, decidió que podían retirarse del frente ruso, los soldados alemanes estaban exhaustos, caminando sin vehículos a motor por los caminos nevados. Pasaban días enteros casi sin descansar a través de ventiscas, sucios y cubiertos de piojos, con la nariz

²² Ib. pp. 177-179.

congelada y los pies en tales condiciones que lloraban al quitarse las botas. Y a medida que se retiraban, destruían las viviendas de la población civil, condenándolos a morir de hambre y de frío ²³.

El 25 de diciembre, viendo que se acercaban las tropas del ejército rojo, se tomó la decisión de evacuar el campo de prisioneros de Kaluga. Aquel día sacaron del recinto a 3.000 prisioneros rusos extenuados y los hicieron marchar a Roslavl con una temperatura de 35 grados bajo cero. Muchos desfallecidos de hambre se desplomaban por el camino y eran al punto ejecutados. La ruta quedó sembrada de cadáveres. A algunos de los presos se les veía con trozos de carne humana, parte de un brazo o de una pierna que trataban de usar como alimento. Si uno de ellos tropezaba, los demás no dudaban en abalanzarse sobre él y despojarlo de su ropa y demás posesiones. Todos parecían famélicos y en terribles condiciones.

En su retirada, decomisaban todos los camiones, trineos, animales o lo que fuera útil a los civiles, hasta la ropa y alimentos que podían tener en sus casas. El capellán alemán Josef Perau escribió: *Nuestro camposanto militar no deja de crecer de modo alarmante. El lunes enterramos a 22 soldados en una fosa común de grandes dimensiones. Uno de los asistentes que había ido a dar el último adiós al comandante de su unidad, me agradeció las palabras que había dirigido. A continuación los hombres se unieron para disparar una salva en homenaje a los caídos* ²⁴.

EL CAPELLÁN BERNHARD HÄRING

Veamos lo que el padre Häring escribe su Autobiografía sobre las cosas buenas de algunos soldados alemanes y de los civiles rusos. Estas notas están tomadas de su libro: *Memorias de guerra de un sacerdote*, Ed. Herder, Barcelona, 1978.

Un día en una región de bosques celebré la misa sin altar. Se habían reunido allí todos mis amigos católicos y protestantes. Di la absolución general después de que todos confesaron sus pecados ante Dios y después de que casi todos comulgaron. Aquella celebración fue para mí y para muchos de mis amigos una experiencia profunda e inolvidable. En las primeras horas de la mañana tras una intensa preparación artillera, cruzamos la frontera, un riachuelo. Caímos bajo el fuego graneado del enemigo. El primero que necesitó mis auxilios espirituales fue mi amigo jesuita Fichter. Una granada le había destrozado el casco de acero y

²³ Ib. p. 239.

²⁴ Ib. p. 356.

le había fracturado el cráneo. Todo su cuerpo luchaba contra la muerte, se negaba a morir. Le di la santa unción y lloré sin consuelo. La siguiente persona a la que ayudé como enfermero y sacerdote fue un soldado ruso, tendido en un charco de sangre. Limpié sus heridas y se las vendé. Luego intenté en ruso y en polaco susurrarle unas palabras de consuelo. Pero no me entendió. Los rasgos de su rostro me indicaron que era de origen asiático. Probablemente no entendía el ruso. Saqué de mi bolsillo un crucifijo con la esperanza de que captara mi mensaje. Comprendió que yo era un verdadero amigo y tomó el crucifijo con agradecimiento. Murmuró ¿qué es esto? A la tristeza de la muerte de mi amigo Fichter se unió ahora la tristeza de no poder dar un último consuelo a ese hermano en Cristo.

La batalla proseguía. Tuvimos que ponernos en marcha. No tuve tiempo ni para enterrar a mi amigo, pero me sentía invadido de un hondo deseo de salvar, de consolar, de hablar de la paz que el mundo no puede dar. En los 5 años pasados durante la guerra en el servicio de sanidad, no hice la más mínima diferencia entre alemanes y rusos. El regimiento al que fui destinado se llamaba List. La mayoría de los soldados eran de Baviera y Silesia. El médico del batallón no gozaba de simpatía. Le llamaban veterinario. La mayoría de los soldados prefería visitarme a mí cuando el médico estaba ausente y sabían que estaba a su disposición día y noche. En ocasiones, les daba a todos la absolución general junto con la celebración de la misa. La asistencia era siempre numerosa (había muchos católicos), Muchas veces venían a confesarse hombres que hacía 10 ó 20 años que no habían recibido ningún sacramento de la Iglesia. Por eso para ellos la misa era una experiencia de fe. Siempre llevaba conmigo hostias consagradas y, cuando alguien caía mortalmente herido le daba la comunión y la unción de los enfermos. Su agradecimiento era grande.

En octubre de 1941 nuestro regimiento de infantería fue lanzado a uno de los puntos neurálgicos de la dura batalla de Jarkov. Nos asignaron la misión de atacar durante la noche un lugar ocupado por fuerzas rusas muy superiores. Fuimos rechazados con grandísimas pérdidas y nos atrincheramos no lejos del lugar. Uno que había excavado su hoyo junto a mí era un excelente joven católico, a cuya familia conocía yo desde los días de estancia en el Seminario. Había regresado al frente justo el día anterior, después de un permiso por heridas graves. Aquella noche fue uno de los que necesitaron mis auxilios. Murió en mis brazos después de administrarle los consuelos de la Iglesia. A la mañana siguiente las tropas acorazadas rusas pasaron al contraataque. Frente a la superioridad enemiga mis hombres huyeron a la desbandada. Yo estaba convencido de que aquella huida era suicida y fui uno de los últimos que se mantuvieron en los hoyos antitanques. Pero cuando vi que estaba casi solo, empecé a retroceder y solo me salvó el hecho de que era yo un buen corredor. Era un arte estar tan cerca de los tanques que no te podían disparar y tan lejos que

no pudieran pasarte por encima. Finalmente alcanzamos las casas de la próxima aldea, buscando protección. Todavía no me había recuperado del cansancio y del terror cuando oí gritos de auxilio de algunos soldados gravemente heridos.

Corrí en su ayuda. Cuando aparté la ropa del primero vi que había recibido un tiro en el vientre y al examinar la herida se le salieron los intestinos. Volví a taparle y le dije que no podía curarle, pero le ofrecía mis servicios como sacerdote católico. Él me respondió: Soy protestante, pero si me dices una palabra de fe, te lo agradeceré. Le dije sencillamente: Dios te llama al hogar como Padre. Él respondió: *Si Dios llama, estoy preparado*. Y tuve que acudir a otros que pedían a gritos auxilio.

Aquella tarde recibimos refuerzos y tuvimos que lanzar un contraataque. Una acción insensata. Bajo el fuego de los tanques y de la infantería rusa perdimos entre muertos y heridos casi la mitad de los efectivos. Mis cuatro ayudantes camilleros murieron. Me hallaba solo en la compañía y tuve que acudir sin descanso de un extremo al otro. El combate se desarrollaba en un campo abierto y llano. Éramos un blanco fácil para los tiradores rusos. Cuando pude refugiarme en un hoyo de protección, me dije a mí mismo que estaba agotado. Estaba convencido que no podía más. Y entonces oí gritos desesperados de un soldado de un batallón vecino: *Enfermero, enfermero*. Decidí correr hacia él. Encontré un hombre de avanzada edad del Tirol meridional con graves heridas en el vientre. Lo retiré a un lugar cubierto y vendé sus heridas. No tenía posibilidades de sobrevivir y le pregunté si deseaba mis servicios como sacerdote católico. Al oír que tenía la comunión, dijo asombrado: *Qué bueno es Dios conmigo*. Su admiración y agradecimiento eran tan grandes que había desaparecido en él el temor de la muerte. Sus ojos agradecidos fueron para mí una recompensa grande por tantas fatigas y peligros. Estaba aún a su lado, cuando exhaló su último aliento, y como hacía siempre anoté la dirección de sus familiares y les envié el último saludo.

Años más tarde al dar una conferencia en el Tirol, encontré a un sacerdote que era primo de aquel hombre. Me contó que su difunto primo se había separado de la Iglesia con ocasión de un agrio conflicto con el párroco de su parroquia que lo había tratado injustamente. Su madre había llorado muchísimo y había rezado mucho por él. Sufrió por haberse separado de la Iglesia y porque no había tenido valor para volverse atrás. Sin embargo, siempre estaba dispuesto a echar una mano a los ancianos. Dios había escuchado las oraciones de su madre.

Un día encontré en el campo de batalla a un soldado ruso gravemente herido. Estaba solo, abandonado y desamparado, en una zona que el ejército ruso se había visto obligado a evacuar. Lo cuidé lo mejor que pude. De pronto aquel hombre echó mano a su cartera y, como agradecimiento, me ofreció el dinero que

llevaba encima. Se sintió afectado cuando rechazé su gesto. Lo había hecho con total sinceridad, pero pronto nos entendimos como hermanos. Comprendió que para mí la mayor recompensa era poder ayudarlo.

EN JARKOV

En octubre nuestro regimiento fue el primero en entrar en la conquistada Jarkov. Estuvimos allí hasta poco antes de la Navidad de 1941. Había relativa tranquilidad, pero el estado de salud de la tropa no era óptimo y tuve como enfermero mucho trabajo. Tenía que preocuparme que la tropa tomara cada día una cucharada de aceite de hígado de bacalao. Pero no parecían dispuestos a hacerlo y tuve que aconsejar a los del servicio de cocina que aliñaran con aquel aceite la ensalada de patatas. Nadie sospechó el condimento que llevaba. Para alimentarlos mejor, decidimos sacrificar un caballo, pero tuvimos que hacerlo en el más alto secreto para que los soldados no sospecharan la clase de carne que les servíamos. Todos quedaron contentos. Cuando por la tarde se descubrió el secreto, llegaron los músicos del regimiento. Todos y solo los músicos se quejaban de dolores de estómago por haberse enterado de haber comido carne de caballo. Esto dio motivo a numerosas bromas.

Poco antes de las Navidades, los rusos montaron un contraataque. A prisa nos hicieron subir a vagones de un tren de mercancías para trasladarnos a un punto del frente por el que había penetrado el ejército ruso. No teníamos ni idea de la gravedad de la situación y hacía mucho frío. En el vagón me encontré con un soldado católico que tenía dos hermanos sacerdotes. Mostró mucho sentimiento, porque por una enfermedad no había podido asistir a misa. Me preguntó cómo podía saber si el domingo siguiente habría misa. Al llegar al destino, me pidió confesarlo. Me dijo: *Tengo el presentimiento de que me ha llegado la última hora*. Escuché su confesión y recuerdo la profunda impresión que me produjo la honestidad y pureza de su corazón. Algunos días después supe que había muerto al intentar socorrer a un amigo herido.

Desde la primera semana de la campaña de Rusia hasta caer herido en mayo de 1942, serví en la misma unidad de infantería y, al curarme, tenía la esperanza de ser enviado a la misma unidad, pero fui enviado a una sección de exploración recién constituida. Había en ella muchos buenos cristianos. Solo un número muy pequeño era partidario del régimen. También fui bien recibido por todos como sargento de sanidad y sacerdote. Cuando el médico, no muy apreciado y no muy entendido en su profesión, cayó enfermo, el comandante decidió no pedir sustituto y dijo: Seguro que el sargento de sanidad Häring nos presta mejores servicios. Al cabo de unos meses me puse en contacto con el médico jefe de la división y le pedí que cubriera el puesto vacante. Así lo hizo. El

nuevo médico era un hombre recién salido de la universidad, con talento y muy simpático y cristiano creyente.

EL TIFUS

Normalmente nos llevábamos bien, pero un día el médico no siguió mi opinión con consecuencias muy graves para mí. Llevó a la enfermería, que a la vez era mi dormitorio, a un soldado cuyo diagnóstico era indisposición pasajera. Pero advertí que era un caso de tifus. El médico estuvo molesto por la rapidez y seguridad de mi diagnóstico y se aferró a su opinión. Al día siguiente su enfermedad había progresado tanto que no se le podía llevar al hospital de campaña. Tuve al hombre conmigo en la enfermería hasta que superó el momento más grave de la crisis. Cuando pudimos trasladarlo al hospital de campaña, el médico dio un diagnóstico inadecuado. Yo comuniqué mi diagnóstico. Al día siguiente apareció el tifus. Me sentía tan débil que también en mi caso tuve que renunciar a la idea de trasladarme al hospital. Decidí quedarme donde estaba y curarme con mis propios recursos. El médico se sintió preocupado, pero no quise pedir permiso de convalecencia por estar con mis amigos hasta que me curé.

Dondequiera que íbamos mis dos profesiones de enfermero y sacerdote formaban una unidad indisoluble. Para nuestros soldados primero era enfermero y después sacerdote. Para la población civil rusa, primero era sacerdote y segundo enfermero. De ordinario entraba en contacto con la población civil después de nuestra llegada al lugar. Mis amigos soldados, cuando veían gente sufriendo les decían que fueran a verme. Durante la primavera y verano de 1943, cuando estábamos acampados en la región pantanosa de Pripet, recibí un encargo oficial a través de la Wehrmacht. Había allí una terrible epidemia de tifus, tabardillo y otras enfermedades contagiosas. Se me comisionó en atención a mis conocimientos del idioma ruso y a mi competencia en enfermedades contagiosas para que me dedicara de modo especial a la población civil en el territorio donde estaba nuestra división.

Visité todas las aldeas y caseríos pregunté por los enfermos, di medicinas y puse inyecciones y daba instrucciones para combatir la enfermedad. Pedí que se instalaran letrinas y que hubiera una clara separación entre los pozos destinados a las familias enfermas y las sanas. Aquellas gentes eran muy agradecidas. Me regalaban fresas de la huerta y otros frutos en señal de gratitud. Si tenían gallinas, me regalaban muchos huevos. Como por razones de salud no podía yo comer huevos, se los daba a mis amigos soldados. En cierto lugar, algunos viejos dijeron: Este sacerdote nos quiere, pero parece que no es ortodoxo y dudaban de mi fe, pues creían que todas las enfermedades eran enviadas por

Dios. Yo les decía que la causa era la contaminación del agua y la mala calidad higiénica de las letrinas. Pero algunas enfermedades procedían también de dosis excesivas de aguardiente de fabricación casera.

SACERDOTE Y SANITARIO

Una tarde me solicitaron con urgencia mis servicios. Me encontré con una trifulca con golpes. Un hombre había sido acusado de adulterio por los familiares de su mujer y lo estaban golpeando sin piedad. Tuve que adoptar una actitud amenazadora y con voz fuerte (que Dios me ha dado) pude poner fin a aquella pelea. Al día siguiente se presentaron ambas partes para darme las gracias. Después de estar sobrios, se habían dado cuenta de lo que hubiera pasado si no hubiera estado yo de pacificador.

Un hombre que me hospedaba en su casa, de unos 50 años, había ido a visitar a su hermano el domingo por la tarde. Todos estaban preocupados con la idea de capturar a un caballo que se había escapado. Una vez que lo consiguieron, quisieron celebrarlo con tragos de licor, pero el licor no estaba bien destilado y el hombre regresó con terribles dolores. De nada sirvió el lavado de estómago. Necesitaba aceite, pero nadie cerca tenía aceite y aquel pobre hombre repetía: *Madre, ayúdame*. Pensé en el aceite de ricino del que yo tenía, le di dos cucharadas y el resultado fue excelente. Se durmió y pasó la noche tranquilo. A la mañana siguiente él y su mujer no tenían palabras para agradecérmelo. Hicieron algo: entraron en contacto con los partisanos para que no nos atacaran ni a mí ni a mi unidad. Y lo cumplieron. Entrando en una casa me enteré de esto porque hablaron delante de mí sin saber que yo entendía el ruso.

Otro día me trajeron un hombre gravemente herido. Su compañero de trabajo le había abierto la cabeza. Tenía un corte de unos 15 cm. Y se veía la masa encefálica. La gente que lo traía estaba desesperada. Yo no tenía ni idea de qué hacer. Vinieron a mí, porque unos días antes había lavado y cosido las heridas de un caballo. Les pedí que me dejaran solo con el enfermo. Tuve que anestesiarlo con una inyección intravenosa. Limpié bien la herida y la cosí. Por suerte tenía mucha cantidad de antibióticos. Durante los 10 días siguientes le hice visita diaria y a las cinco semanas le quité los puntos y la herida estaba bien cerrada. El éxito acentuó la confianza de la gente en mí. El hombre que había causado la herida preguntó por los gastos. Se admiró de mi factura tan baja. Para mí fue una fiesta de alegría la curación de ese enfermo.

Otro día por la mañana estaba celebrando misa en mi bunker y apareció una muchacha llamada Natacha de 12 años. Me dijo: *Mi madre me envía. Mi hermana se muere*. Pensé que tenía tifus, porque había curado al esposo de su

hermana de tifus. Cuando llegué a su habitación, estaba llena de familiares y vecinos. La mujer necesitaba una comadrona para dar a luz. Yo no sabía nada sobre partos. Les pregunté que por qué no llamaban a la comadrona y dijeron: Entre nosotros no hay comadronas, de ellas se encarga la abuela. Entonces dije a la abuela por qué no te cuidas tú de este asunto: La abuela se puso de rodillas ante mí y me dijo: *Solo con que quieras, puedes ayudar y tienes que ayudar.* Hacía dos días que la mujer tenía los dolores de parto y estaba totalmente extenuada. Moriría; si no hacía algo. Abrí mi maletín y decidí administrarle dos inyecciones, una de cardiazol y otra de cafeína. Abandoné la habitación agotado y salí afuera a respirar aire puro. La abuela me preguntó cómo iban las cosas. Le dije: *Recemos para que todo vaya bien. He hecho lo que he podido.* Cuando comenzamos a rezar, la llamaron a la abuela. La mujer estaba a punto de dar a luz. Abandoné la casa, cuando vi que ya no me necesitaban. Poco después la pequeña Natacha corría a decirme que había nacido un robusto niño y todos estaban felices y querían que yo celebrara el bautismo. El día indicado llegó gente en un carro de caballos para llevarme solemnemente. Al niño se le dio el nombre de Piotr (Pedro), Hasta el día de hoy me siento asombrado al recordar cómo pude acertar tan pronto con la mejor solución.

En un invierno de 1944-1945 tomamos posiciones al oeste del Narev. Un buen día vino a visitarme una joven de unos 20 años para pedirme que fuera a ver a su padre. Ella era la mayor de 10 hermanos. Me dijo: *Aunque mi padre no se lo merece, mi madre me ruega que lo visite.* Su padre tenía, dijo una enfermedad venérea. Ensillé el caballo que tenía disposición y ambos, pues ella también tenía su caballo, llegamos a la casa. El hombre tenía fiebre alta y estaba desconsolado. Lo que tenía no era una enfermedad venérea. Había tenido que trabajar en el pantano en el frío del invierno y se le habían congelado los testículos y se le habían hinchado hasta adquirir el tamaño de la cabeza de un bebé. Le administré sulfamidas y vitaminas y ordené que le pusieran vendas refrescantes y asépticas. Pude visitar al paciente todos los días. En una de mi visitas encontré llorando a todos los miembros de la familia. Me mostraron la mayor parte de los testículos que se había desprendido, limpié la herida y eliminé las partes no sanas. Consulté al médico de la sección y vino un día conmigo. Habíamos pensado en intentar unos testículos artificiales, pero la naturaleza se nos había adelantado. Y los testículos habían vuelto a recuperar su forma y tamaño anteriores, comenzó a crecer la piel y podía cubrir una parte del órgano viril. No pude seguir más el caso porque se desencadenó la batalla de Narev y tuvimos que retroceder a toda prisa. Solo pude hacer una última visita a la familia. El paciente me dijo: *Eres dos veces mi padre. Mi padre me dio la vida corporal. Tú me has vuelto a dar la vida y además la vida en el seno de mi familia, pues he recobrado la confianza y el amor de mi mujer y de mis 10 hijos. Para ellos yo era algo muerto y sin valor. Dios te envió en el momento en que no tenía ninguna esperanza y solo deseaba morir.*

LA RETIRADA

A principios de febrero de 1943, después de la batalla de Stalingrado, tuve que hacer con 350 hombres y 18 heridos graves, una marcha casi desesperada durante 6 días y 6 noches a través de campos nevados. Todos nosotros debemos la vida a la fe del pueblo sencillo. Tras el primer día de marcha y de una larga noche fría a primera hora del día siguiente nos hallamos en una aldea rusa. Allí una familia rusa había salvado a un soldado alemán gravemente herido y lo cuidaban en su propia casa. Dos días antes las unidades blindadas rusas habían hecho prisioneros a unos 150 hombres y los habían matado a todos. Cuando la unidad blindada desapareció, esa familia encontró un soldado aún con vida. Lo vendaron y alimentaron. La gente se alegró de mi llegada y me pidieron que me llevara al herido. Y me dijeron: *Su madre y su mujer rezan seguramente mucho para poder volver a verlo*. Yo disponía de 4 trineos arrastrados por cansados caballos y no veía la posibilidad de cargar uno más, y así se lo expliqué a la gente. Ellos se reunieron y dijeron: *Te daremos otro trineo y dos caballos para que lleves a ese hombre y a otro herido más*. Mientras hablaban, surgió otra unidad de tanques rusos. Con mucha celeridad aquella gente preparó el trineo y enganchó los caballos. Nos indicaron un camino por la falda de la colina para evitar ser vistos por los tanquistas. Esto lo hicieron, a pesar de un peligro grave que podía venirles, si los soldados rusos se enteraban de esa acción con los enemigos alemanes.

Otra noche mis amigos y yo fuimos acogidos por un matrimonio anciano. Pusieron sobre la mesa un enorme pan y humeantes patatas, sal y cebollas. Era todo lo que tenían. Lo mejor fue su preocupación por los heridos. Yo les pregunté por qué lo hacían. El buen hombre me dijo que había sido minero en la cuenca del Donez, cuando vino la época del gran hambre. En su viaje de regreso a casa de muchos días de duración, encontró todos los días en el camino gentes que compartían con él su último bocado de pan. Agradecido, hizo el voto de tratar bien siempre a sus prójimos como le habían tratado a él y ahora cumplía con nosotros el gran mandamiento del amor.

La sexta noche de la marcha, un fuego artillero cercano reanimó nuestra esperanza de que el ejército alemán no debía estar lejos. Pedí a mis amigos soldados que me dejaran atrás con los heridos e intentaran llegar por la noche al otro lado de las líneas. Decidieron seguir mi consejo. Al hallarme yo solo con los heridos, hallamos cobijo en dos casas. Los dueños se ocuparon de nuestros caballos extenuados. Corrieron a las casas vecinas para traer leche fresca y

darnos todo lo que necesitáramos. A la mañana siguiente nos prepararon el desayuno y nos despertaron. Nos dijeron que debíamos seguir adelante, porque era muy probable que durante el día aparecieran soldados del ejército rojo. Les pregunté por qué nos habían tratado bien, como si fuéramos sus hijos. Respondieron: *Cuatro de nuestros hijos están en el ejército ruso. Todos los días pedimos al Padre del cielo que los devuelva sanos. ¿Cómo podíamos pedirselo hoy, si no hubiéramos pensado en vuestro padre, madre, vuestras familias, si están pidiendo al mismo Padre ese don?*

Al fin dije: Yo soy sacerdote. Al oírlo lloraron de asombro. ¿Por qué no lo dijiste antes? ¿Por qué no nos has dado la bendición, cuando entraste en casa? Bendije de todo corazón aquella casa y a sus habitantes. Tras aquel suceso, no olvidaré jamás lo que significa rezar el padrenuestro. Solo podemos llamar Padre nuestro a Dios, si honramos a sus hijos, a todos los hombres como hermanos.

Otro día llegué a casa de una bisabuela que durante 20 años había pasado sin sacerdote. Llegué a su casa tras una marcha de 25 kilómetros y allí el mando decidió instalar la enfermería. Llegaba sucio y con sudor. La familia la constituía la bisabuela, la abuela, la madre y un pequeñito. Me dijo la bisabuela: *La sauna está preparada.* Después de lavarme bien me presente como sacerdote. Ella me dijo: *Ya lo sabemos. Hemos oído que has acogido a los heridos y enfermos de las aldeas.* Y añadió: *¿Podemos pedirte que estés con nosotros esta noche, cuando se reúnen los vecinos para la oración? Querríamos hacerte algunas preguntas sobre el evangelio.* Así lo hice.

EN NAGOLNOJE

Durante el segundo invierno de la campaña de Rusia estuvimos algunas semanas en una gran población llamada Nagolnoje. No he olvidado aún las bellas oraciones rusas que aprendí. Me pusieron en contacto con una maestra que en época de muchas convulsiones se mantuvo fiel a su fe y se negó a que los niños de la escuela fueran utilizados como espías contra sus propios padres y contra los creyentes. Un día se presentaron unos ateos, representantes oficiales del partido de gobierno y les obligaron a escuchar sus discursos. Después les pidieron que se pronunciaran libremente a favor o no de la destrucción de la iglesia para expiar así el tiempo que habían robado a la sociedad por asistir a los oficios religiosos. Todos se negaron. Al día siguiente fueron deportados un tercio de los hombres y nadie supo más sobre su destino. Después de unos meses regresaron esos ateos: con la misma petición de destruir la iglesia. Y los hombres reaccionaron de la misma manera. Al día siguiente desapareció el segundo tercio de los hombres. Y los comunistas destruyeron la iglesia sin esperar a la opinión del último tercio de hombres.

CON SACERDOTES ORTODOXOS

En la primavera de 1942 nuestra unidad estaba en una región bastante tranquila cerca de Kursk. A través de la gente entré en contacto con un sacerdote ortodoxo. Junto a él y su exquisita familia me sentía como en mi propia casa. Le pregunté cómo había podido sobrevivir dos años tan difíciles por el hambre. Respondió: *Dios ha sido muy bueno conmigo. Solo he estado tres veces en la cárcel y cada vez por menos de un año. Algunas veces me obligaron a comer carne en tiempo de ayuno y me raparon el pelo* (que para los sacerdotes ortodoxos es una humillación). En ese lugar los comunistas hacía poco habían convertido la iglesia ortodoxa en una bodega. Le ofrecí al sacerdote mi ayuda. Podíamos limpiar la iglesia y repararla. La primera reacción fue de alegría y gratitud. Pero tras haber hablado con los ancianos de la comunidad, nos dijo que no se atrevía a abrir la iglesia, porque el ejército de Hitler perdería la guerra y volvería el régimen de Stalin. Prefería seguir en contacto con las familias y bautizar niños y asistir a los moribundos sin culto en la iglesia.

Más tarde en la Rusia blanca cerca de Mohilev conocí a otro sacerdote ortodoxo, que actuaba a la vista de todos como párroco y eran muchos los fieles que acudían a la iglesia. Me presenté a su familia. Tenía 9 hijos. Después de su primera misa fue encarcelado y condenado a varios años de trabajos forzados. Cuando el ejército alemán tuvo que evacuar la región me pidió consejo sobre si debía quedarse o huir con los alemanes. Sabía lo que era el régimen de Hitler pero creía que Stalin era peor. Se quedó en su puesto para estar al lado de sus feligreses a pesar de lo que podía sucederle de parte de los comunistas rusos.

Durante el primer invierno en Rusia, apenas llegué a una población, se me presentó el antiguo sacristán. Se había enterado que yo era sacerdote. Cuando el párroco de ese lugar fue desterrado a Siberia hacía muchos años, el sacristán había escondido los vasos y vestiduras sagradas en una cueva oculta detrás de su casa. Me preguntó: *¿Es usted de esos sacerdotes que siempre llevan el rosario?* Le mostré el mío. Quedó desilusionado y dijo: *Cuando el párroco fue desterrado a Siberia, nos advirtió que vendrían sacerdotes del oeste que rezan el rosario, y no debíamos recibirlos, porque su fe no era ortodoxa.* Tuve que tener con él largas conversaciones para tranquilizarlo. Fue un buen amigo. Casi todas las mañanas me ayudaba a misa. Estando en ese lugar, vinieron un día 3 muchachas para pedirme que fuera a ver a su padre gravemente enfermo. Lo visité, le di las mejores medicinas, pero en este primer encuentro no abordé el tema de la fe. Al otro día volvieron las chicas diciendo que su padre estaba muy perturbado,

porque no había yo iniciado ningún diálogo con él. Era diácono y no lo había entendido cuando me lo dijeron. Fui a visitarlo de nuevo y me dijo que durante los duros años de Stalin había desempeñado el cargo de jefe de contabilidad en un Koljos. Ello le había proporcionado muchas ocasiones para entrar en contacto con creyentes y fortalecerlos en la fe.

ENFERMOS DE SÍFILIS

Durante el segundo invierno en Rusia, estando en un puesto peligroso, descubrí que uno de los soldados tenía sífilis. Como sargento de sanidad tenía obligación de informar de estos casos al comandante para descubrir la persona que la había originado. Me quedé sorprendido cuando el soldado señaló como fuente del problema a una mujer de unos 40 años, madre de 3 muchachos ya mayores. Su marido la había abandonado hacía varios años. Y como muchas otras mujeres, había ofrecido su cuerpo para dar de comer a sus hijos. El comandante recibió el informe y me dio la orden de quitar a la mujer de en medio, lo que significaba tenerla que matar o mandar a otro que lo hiciera. Así se protegería la salud de los soldados.

Visité a la mujer y le expliqué el asunto y que no la mataría ni permitiría que otro lo hiciera, pero que debía seguir mis instrucciones. Le di los medicamentos y vigilé que los tomara a tiempos regulares. Le expliqué que estaba en juego su vida y la mía. Siguió las instrucciones y, cuando me encontraba con ella, me decía: *Nunca más*. Por mi parte la visitaba para asegurarme que a sus hijos no les faltaba el sustento diario.

A fines de febrero de 1943 fuimos trasladados a Orel, ciudad al sudoeste de Moscú. Se me señaló alojamiento en una casa espaciosa donde vivían 3 familias. El cuarto más pequeño estaba ocupado por Natacha y sus 3 hijos. Era muy pobre y ofrecía su cuerpo para ganarse la vida. En nuestra habitación había un depósito de agua. Mis dos ayudantes habían pensado en convertirse en porteros y cada vez que un hombre alemán o ruso fuera a visitar a Natacha le arrojarían un cubo de agua a la cabeza. Le hablé a Natacha y le dije que no podíamos tolerar esa situación y le prometí que nosotros cuidaríamos de que no les faltara nada a sus hijos. Ella aceptó, pero los hombres seguían llamándola. Algunos eran muy insistentes. Así que por algunos días hice de portero.

HERIDO Y HOSPITALIZADO

En mayo de 1942 fui herido en la segunda batalla de Jarkov tras haber caído 5 camilleros de mi unidad. Al día siguiente, me llevaron a Alemania en un tren hospital. La mayoría de los heridos a mi alrededor en el tren eran de las SS.

A pesar de sus graves heridas, sus conversaciones giraban en torno a guapas enfermeras de la Cruz Roja y otras muchachas que esperaban encontrar en el hospital militar. Cuando nos acomodaron en el hospital de Dillingen (Baviera), aquellos hombres estaban desilusionados. Todas las enfermeras que había en aquella gran habitación de unos 25 hombres eran religiosas católicas. Al cabo de pocos días, la atmosfera había cambiado. Todos admiraban y querían a las hermanas, que nos servían con abnegación y competencia. Si alguno lanzaba una maldición o una palabra mala, se excusaba ante la hermana que lo había oído.

Una tarde de domingo de noviembre de 1941 nos habíamos dado cita en Kharkov una serie de amigos, sacerdotes y religiosos. Al regresar a nuestro alojamiento, vimos carteles y oímos altavoces que ordenaban a los judíos reunirse a la mañana siguiente en cierta parte de la ciudad, porque se les iba a asignar nuevos alojamientos y debían llevar todos sus bienes. Aconsejé a mis amigos que previnieran al mayor número posible de judíos para que no se fiara y se ocultaran. Ya esa misma noche yo visité a varias familias judías que me agradecieron el consejo. A la noche siguiente se presentó un soldado católico de nuestro regimiento. Estaba fuera de sí. Era uno de los hombres a quienes se le había ordenado matar uno por uno a todos los judíos después de haberles obligado a cavar su tumba. A los pocos días se presentó mi ayudante alterado porque había visto cómo cargaban cadáveres de judíos en carros como si fueran animales. A los soldados que participaban en las matanzas, se les exigió silencio absoluto.

EN MAL PSINKA

Otro suceso de 1942 antes de llegar a Mal Psinka. Habíamos conquistado con graves pérdidas una gran localidad rusa. Nuestros soldados tuvieron que luchar cuerpo a cuerpo. Nuestras bajas fueron muy elevadas. No teníamos médico y toda la responsabilidad caía sobre mí. Muchos necesitaban amputaciones, que yo no podía realizar. El hospital de campaña alemán estaba a 30 kilómetros. También tuve que atender a buen número de heridos rusos y me contacté con hombres y mujeres de la población civil. La gente civil preparó 8 trineos con los correspondientes caballos. Hicimos el viaje en silencio en la helada noche a través de campos nevados. Al llegar al hospital de campaña con nuestros heridos, los médicos estaban asombrados de tamaña empresa. Tomaron cuidado de los heridos, incluidos los rusos. A la noche siguiente emprendimos el camino de regreso en profundo silencio. Pero con gran desilusión vi que el comandante faltó a su palabra y confiscó los trineos y caballos. Solo dijo que los necesitaba. No había modo de consolarme. Era un inaudito caso de quebrantamiento de confianza. Me sentía avergonzado y humillado con mis amigos rusos. A los pocos días, abandonamos el lugar.

En 1945 Hitler decidió crear un desierto entre el ejército alemán y los rusos. Todo debía ser arrasado y devastado a dinamita y fuego. Todos los rusos capaces de trabajar o de empuñar las armas debían ser deportados o fusilados. No se decía nada de las mujeres y los niños. En la población de Kurgane había una gran y hermosa iglesia que habían conservado a costa de grandes impuestos pagados al régimen de Stalin. Uno de esos días llegó nuestro grupo de zapadores alemanes y comenzaron a poner cargas de dinamita a la iglesia. Todos los soldados y civiles recibieron la orden de alejarse del lugar. La iglesia saltó por los aires. La gente lloraba sin consuelo. Lo que no había conseguido hacer Stalin, lo hicieron los nazis. El régimen nazi había prohibido estrictamente que los pertenecientes al cuerpo de sanidad del ejército ejercieran ningún tipo de ministerio sacerdotal entre la tropa. Si predicaba o celebraba misa afrontaba un riesgo personal, que era arresto, pérdida de la libertad de movimientos y privación de libertad para la actividad externa.

En muchos pueblos de Rusia no tenían sacerdote ortodoxo desde hacía muchos años y me pedían que bautizara a sus hijos. Un día, cuando había comenzado la segunda batalla de Jarkov, tuve que empaquetar mi formación y pude sacar tiempo para bautizar a un niño. Cuando comenzamos a marchar, me vi rodeado de madres con sus hijos en brazos. Todos lloraban al despedirse. Cuando acampamos en la región de Gomel, las relaciones con la población civil fueron excelentes. El estado de salud de la gente era lastimoso y tuve que visitar numerosos enfermos. Hacía 18 años que no había un sacerdote en la región y comenzaron las procesiones de visitantes que pedían el bautismo para sus hijos. Un domingo por la tarde bauticé un buen grupo. Se había reunido la juventud de la pequeña ciudad desde bebés hasta chicos y chicas de 18 años. No tenía ningún libro litúrgico en latín y todas las oraciones fueron espontaneas.

HUYENDO DE LOS RUSOS

Cuando estuve hospitalizado en Dillingen, pedí permiso para celebrar misa. No tenía ningún documento para certificar que era sacerdote. Mis ropas estaban manchadas de sangre y las tiraron. El piadoso sacerdote del lugar se negó a dejarme celebrar misa si no le garantizaba mi identidad por escrito o debía someterme a un examen. Preferí un examen y aprobé. Otro día nuestra unidad estaba en Voronesh (al norte de Stalingrado), cuando los rusos lograron romper el frente. La tropa con sus pertrechos fue trasladada en tren para emprender la retirada. Apenas el tren se puso en marcha, comenzaron a bombardearnos. No podíamos seguir en tren. Dejamos nuestros pertrechos y caímos bajo fuego enemigo de artillería y fusilería. Pensamos: ¿Nos entregamos, como prisioneros con la perspectiva de ser fusilados en el acto o desaparecer en algún lugar de

Siberia? ¿O intentamos una retirada a pie a través de campos nevados? Éramos 300 hombres en total. Pronto se nos añadieron otros grupos. No había ningún oficial entre nosotros porque habían huido antes en vehículos motorizados. Yo era el único que hablaba ruso. La jefatura cayó en mí. Teníamos que ponernos de acuerdo en algunos puntos. Problema primero los heridos. Insistí en nuestro deber de llevarlos con nosotros. Segundo problema cómo procurarnos alimentos. Dependíamos de la población civil y no debíamos robar. Nos contentaríamos con pedir patatas y pan. Nos pusimos en marcha a través de los campos de nieve. Los más jóvenes y fuertes debían ir adelante para orientar la dirección de la marcha. Hubo escenas conmovedoras. Un joven soldado, cuya aldea natal yo conocía, cayó agotado en la nieve. Lo animé a ponerse de pie. Respondió: *Déjame morir*. Lo golpeé con los puños para despertar su deseo de vivir, lo llevé a la espalda. Por fin reaccionó, pero perdimos varios hombres, que sucumbieron ante el frío de la noche blanca.

En la noche siguiente nuestros hombres descubrieron un gran granero y se cobijaron en él. Cuando llegué con los últimos, algunos ya estaban dormidos. Tuve que recurrir a toda mi energía para ponerlos en pie. De haberse quedado allí todos habrían muerto congelados. Un noche habíamos perdido toda esperanza de poder calentarnos en algún lugar. Uno de mis camaradas comenzó a maldecir a Dios: *¿Por qué nos estás tratando peor que a criminales?* Le rogué que no ofendiera a Dios. Le dije: *Nos está tratando mejor de lo que merecemos*.

La población civil nos ayudó. Ninguno murió de hambre. Pasamos hambre, pero la gente rusa compartió con nosotros el último trozo de pan y unas patatas calientes. Aquella misma noche mis hombres llegaron a la zona de fuego. Yo me reuní con ellos a la mañana siguiente, llevando 18 heridos en trineos, arrastrados por caballos cansados hasta reventar. Y había otros muchos o enfermos o con miembros congelados.

Se me pidió un informe. Fue increíble no haber tenido bajas más elevadas. Me castigó el Superior a separarme de mis amigos de la unidad y me encargué de la enfermería de una unidad en formación. Era un batallón de la muerte, compuesto por indeseables a las órdenes de las SS. Se me asignó una habitación en un gran edificio. Debí esperar allí hasta que se formara la unidad. Tuve varios días para reflexionar. Un día no me trajeron la comida. Cuando por la tarde conseguí abrir la puerta exterior, descubrí que yo era el único habitante del enorme edificio. Habían procedido a una evacuación rápida abandonando casi todo, incluido yo mismo ¿Debía entregarme a los rusos? ¿Qué me llevarán prisionero a Siberia o ser fusilado?

Decidí intentar reunirme de nuevo con el ejército alemán, lo que también tenía sus peligros. Intenté caminar en la fría y estrellada noche a través de la

ciudad de Kursk ya ocupada por los rusos. Me orientaba por la situación de las estrellas. La divina providencia me ayudó. Al día siguiente encontré mi unidad, los 300 hombres. Nuestra alegría no tuvo límites. Éramos como hermanos ¡Cuántas circunstancias debían haber ocurrido para que yo, liberado del peligroso encierro, pudiera dar de nuevo en la enormidad del territorio ruso, precisamente con mi unidad!

REFLEXIÓN

Después de haber visto la deshumanización a que llegan algunos seres humanos en momentos extremos en que por salvar su vida son capaces de matar; y después de haber visto tanta brutalidad cometida tanto por los alemanes como por los rusos e incluso por los aliados, debemos pensar en que la necesidad que tenemos de Dios es grande, porque solo los seres humanos que creen en Dios, que nos va a juzgar, y que después de esta vida hay un cielo o infierno eterno, solo ellos pueden poner freno a sus deseos de poder, de placer o de conquistar a otros. Dios permitió que el régimen de Hitler se cayera como una estatua de barro, después de haberse él creído invencible, cuando dominó Polonia, Francia y algunas otras regiones y queriendo ser el dueño de Europa. Al final la avaricia rompió el saco, como suele decirse, y Hitler cayó en su propia trampa, la trampa de la avaricia y creer que él solo podía hacerse dueño del mundo. Lo que hizo, en vez de engrandecer Alemania, fue hundirla en un pozo sin fondo, haciendo morir a millones de alemanes en la guerra y en las cárceles y tener al final que enterrar toda su avaricia y ambición en el suicidio como único remedio de todas sus ilusiones vanas.

Y es que un líder sin Dios, irá siempre por mal camino. Y eso es lo que pasó a Hitler y a Stalin y tantos líderes comunistas del mundo entero que han hecho infeliz a su pueblo, sometiéndolo a regímenes de terror y control deshumanizante y, por supuesto, matando sin compasión a todos los opositores.

Ojalá que las enseñanzas de la historia y de las guerras nos enseñen a pensar un poco más en Dios y en evitar a los líderes que, prometiendo mucho, quieren dominar a su pueblo y someterlo a sus ideologías, pero que al final caen como pedazos podridos de sus ansias de poder.

Que Dios nos bendiga y nos ayude a tener más fe para amarlo más y ser más humanos y compasivos con los que nos rodean y con todos los seres humanos en general sin hacer distinciones separatistas por razón de su raza, color, sexo o religión.

Y recuerdo las palabras de San Agustín: *Dios es tu todo (In Io Ev tr 13,5). Cuando te separas de la luz, la luz sigue alumbrando, pero tú estás en la*

oscuridad. Lo mismo te ocurre cuando te alejas de Dios. No quisiste estar en las manos de Dios y te caíste, te hiciste añicos. Quedaste hecho pedazos como un vaso cuando se cae de las manos y por este despedazamiento eres un enemigo de ti mismo que estás viviendo en contra de ti mismo y no eres feliz (Sermón 128, 9).